



Universidad de Valladolid

Facultad de Filosofía y Letras

Grado en Español: lengua y literatura

**La concepción poética en el
Modernismo: estudio de textos
metapoéticos**

**Domingo Vladimir Consuegra López
Tutora: María Pilar Celma Valero**

**Departamento de Literatura Española, Teoría de la
Literatura y Literatura Comparada**

Curso: 2023-2024

Resumen

La metaliteratura es uno de los grandes temas de la literatura de la segunda mitad del siglo XX, pero esta temática la podemos encontrar en otras épocas como a finales del siglo XIX. El objetivo de este trabajo es realizar un estudio sobre la producción metapoética en la poesía modernista. Para ello, se especifica en primer lugar qué se entiende por metapoesía y cuáles son las características del movimiento modernista. Después aplicamos esas ideas al análisis de los metapoemas con el fin de comprender cómo concebían su propia obra los poetas del fin de siglo. Así, los poemas nos dan noticias sobre la inspiración, la importancia que le conceden al ritmo o a la musicalidad, la concepción de la figura del poeta o la estética modernista.

Palabras claves: poesía, Modernismo, metapoesía, metaliteratura.

Abstract

Metaliterature is one of the great themes of the literature of the second half of the twentieth century, but this theme can be found in other periods such as the late nineteenth century. The aim of this work is to carry out a study on the metapoetic production in modernist poetry. To do so, we first specify what is understood by metapoetry and what are the characteristics of the modernist movement. Then we apply these ideas to the analysis of metapoems in order to understand how the poets of the fin de siècle conceived their own work. Thus, the poems provide us with information about inspiration, the importance given to rhythm or musicality, the conception of the figure of the poet or modernist aesthetics.

Keywords: poetry, modernism, metapoetry, metaliterature.

Índice

1.	Introducción.....	5
1.1.	La elección del tema, estructura y corpus	5
1.2.	La metapoésía	6
1.3.	El Modernismo	8
2.	Análisis de los metapoemas.....	9
2.1.	La poética modernista.....	9
2.2.	La figura del poeta en el poema modernista	14
2.3.	El ritmo, la musicalidad y la forma.....	18
2.4.	Poemas en los que el autor expone su poética y la evolución de su obra	22
2.5.	Crítica del lenguaje	24
2.6.	La inspiración y las musas	28
2.7.	Poemas que hablan sobre la expectativa de significación.....	33
2.8.	Crítica y parodia de los tópicos del Modernismo	35
2.9.	La lectora	37
3.	Conclusiones.....	39
4.	Bibliografía.....	41
5.	Anexo	43

1. Introducción

1.1. La elección del tema, estructura y corpus

Abundan los estudios sobre la metapoesía, tanto en el terreno teórico como en el análisis crítico de los textos. En la mayoría de los casos, esos estudios se ocupan de la poesía escrita a partir de los años 50 en España. Esto es algo natural porque en este momento la reflexión metaliteraria se convierte en un tema central en toda la literatura. Si bien los poetas sociales en sus poemas reflexionaban sobre la creación, no es hasta la generación del medio siglo y, sobre todo a partir de la generación de los novísimos, cuando aparece una literatura que utiliza la metapoesía con mayor profusión y complejidad. A esto favorece las ideas sobre el lenguaje que se están poniendo en boga en este momento, provenientes de las teorías posestructuralistas. Hay un cuestionamiento del lenguaje y de su capacidad de referencialidad.

Han estado siempre presentes, pero ahora nos sorprende el gran número de productos metaliterarios que se han escrito en las últimas décadas del siglo XX, así como su carácter crítico hacia el lenguaje o la literatura. A esto se refiere Ramón Pérez Parejo (2007): “Esta tendencia de autoindagación y crítica del lenguaje estuvo siempre presente en la actividad literaria desde sus orígenes, incluso en las manifestaciones escritas que aún no distinguían entre poesía, filosofía e historia” (p.12).

Sin embargo, esto hace que otras épocas que también han producido un importante corpus de textos metaliterarios no reciban la atención suficiente. Este es el caso de la metapoesía del Modernismo, que tal vez no llegó a ser asimilada y comprendida en su amplitud debido a la falta de un cuerpo teórico y crítico en su época, como sí tenemos en la actualidad. Este es el objetivo de este trabajo: analizar los poemas que tienen como tema principal pensar la poesía y la literatura a la vista de los avances teóricos y críticos que se han llevado a cabo en esta materia.

Para ello, hemos planteado este estudio de la siguiente forma. En primer lugar, se ha elaborado una antología de los textos adscritos a la literatura del fin de siglo. El corpus de poemas se ha construido a partir de antologías grupales y personales tanto de autores latinoamericanos como españoles. Una vez seleccionados los textos, se ha procedido a su análisis y se han agrupado de acuerdo con la temática que tratan. El análisis no es exhaustivo, sino que responde a las necesidades de nuestro trabajo: solo nos

centramos en aquellos aspectos del poema que nos puedan servir para determinar cuáles son las características de la metapoesía modernista. Nos centramos en los aspectos generales y definatorios de la estética modernista que podemos encontrar repetidos en numerosos poemas.

Esa recopilación por temas se traduce en el trabajo en los distintos apartados que se pueden encontrar en la segunda parte. Ocho apartados en total ordenados de lo más general (la poética modernista o la concepción del poeta) hasta cuestiones más concretas (la lectora o la crítica y la parodia del Modernismo). Además, se ha añadido, a modo de introducción, unas breves palabras sobre cuáles son las características más destacables del Modernismo y el contexto histórico y social del movimiento, así como una pequeña teorización sobre qué es la metapoesía y cómo se da en el Modernismo en términos generales.

1.2. La metapoesía

Leopoldo Sánchez Torre (1993) reserva varias páginas de su libro para insistir en la idea de que la metapoesía es poesía. El metapoema se caracteriza por su reflexión sobre la poesía, pero no por ello es un estudio científico de la poesía. Incluso cuando imita el lenguaje teórico, el metapoema sigue siendo poesía. Es pensar la poesía desde la poesía misma.

El metapoema se sitúa en una posición liminar entre la investigación teórica y la poesía. No es un trabajo científico, entendido como un discurso que pretende dar una visión unívoca y lo más inteligible que sea posible. En este discurso se intentan eliminar los dobles sentidos y las interpretaciones ambiguas. El metapoema, en cambio, sí permite la multiplicidad de lecturas, una diversidad que enriquece al texto. Y aunque sí es un poema, el lenguaje y el tema que trata nos lleva a preguntarnos si lo que estamos leyendo es realmente poesía.

Esta pregunta es fundamental en el dispositivo metaliterario, pues el autor busca crear esa tensión entre el lenguaje teórico y el lenguaje poético. El metapoema, sin dejar de ser poesía, se reviste del lenguaje teórico; lo cual aumenta las posibilidades semánticas del discurso teórico y hace mucho más compleja su comprensión. Esta tensión puede tener diferentes grados, que supondrán mayor o menor dificultad a las capacidades del lector.

Es una tensión que no afecta solo a lo temático, sino también a lo formal. El texto poético se caracteriza por ser un discurso con ritmo, al contrario que el texto científico. Así la imitación del lenguaje teórico en el metapoema supone también una aparente ruptura con la regla de oro de la poesía, que se construye teniendo siempre en cuenta su ritmo. Y digo aparente porque el metapoema es ante todo un poema, es decir, siempre será un texto ritmado. Se produce, por tanto, una problematización de lo poético que ayuda a dinamizar y reformular al medio. Leopoldo Sánchez Torre dice lo siguiente al respecto: “La metaliteratura proporciona, a quien la crea y a quien la recrea, conocimiento sobre la literatura, pero un conocimiento que se hace a la vez que se escribe o se lee, un conocimiento simultáneo al propio manifestarse de la función metaliteraria” (1993: 26).

Esta última idea sobre la metapoesía nos puede ayudar a entender por qué algunas épocas son más propensas que otras a crear un texto literario que reflexionen sobre sí mismo. Tal vez su proliferación se deba a que se producen en un periodo de crisis del discurso poético como es a finales del siglo XIX. La literatura de fin de siglo será la antesala de las vanguardias que surgirán a principios del siglo XX. Esa necesidad de buscar nuevas formas poéticas de decir y la conciencia de que el lenguaje que se ha seguido hasta el momento está caduco motiva la creación de textos metapoéticos, en los que el autor reflexiona sobre las posibilidades del lenguaje y la literatura.

Además del lenguaje y la forma, hay un tercer espacio en el que se produce la tensión en el metapoema: en el nivel epistemológico, en el modo en el que tienen la poesía y el discurso teórico de conocer el mundo. En el metapoema, se enfrentan dos modos de conocimiento, el estético y el científico. Es un enfrentamiento que se salda con la constatación de las limitaciones del discurso crítico y científico, al mismo tiempo que se reivindica la aptitud del discurso estético para aprehender la realidad.

Con lo que respecta a los temas, Pérez Parejo destaca como los más recurrentes: la evolución de la obra del autor, la inspiración y las musas, el lenguaje, la creación, la comunicación lírica, la conveniencia de dejar de escribir, la enajenación, la inefabilidad, etc. De entre todos ellos, resalta la crítica del lenguaje como comunicación y medio de pensamiento.

1.3. El Modernismo

A finales del siglo XIX, se había extendido, en todos los órdenes de la vida, la conciencia de que se vive en una época de decadencia, de que los artistas e intelectuales finiseculares son los herederos de una cultura que está llegando a su fin. A esto se le suma el llamado “mal de siglo” que sufrían estos intelectuales: una mezcla de melancolía, escepticismo y abulia hacia una realidad que cuestionaban y rechazaban a nivel social, político y económico.

Esa crítica a la sociedad dirigía sus ataques hacia tres frentes: contra el cientificismo y el racionalismo que se había impuesto en el pensamiento, los poetas del fin de siglo van a denunciar la insuficiencia del conocimiento objetivo; frente a las consecuencias del avance del modelo industrial (la alienación del individuo o la degradación de la naturaleza), reclaman una actitud decadentista, una concepción panteísta del mundo o la evasión a través del exotismo o el primitivismo; y, por último, contra la moral hipócrita y el materialismo de la burguesía, estos intelectuales ensalzan su individualismo y su ansía de trascender la realidad material.

Para este nuevo movimiento, el arte vendría a sustituir a la religión tradicional. A través de la poesía el poeta busca el ideal y la belleza. Esta concepción tiene una gran influencia de movimientos culturales y artísticos que surgen en Europa, especialmente Francia, como es el caso del simbolismo o el impresionismo. Estas teorías sumadas a la idea del arte como una fusión de sensaciones dirigida a los sentidos del lector conforman las claves estéticas básicas del movimiento modernista.

La poesía se erige como una vía de conocimiento del mundo y del interior del poeta. Es una vía alternativa al conocimiento que ofrece la ciencia y el pensamiento objetivo. Muchos poemas son una introspección, un viaje al alma y la vida interior del poeta gracias a las herramientas que ofrecen los sueños y los recuerdos.

En esa nueva religión, el poeta se concibe a sí mismo como un sacerdote y un profeta que une cielo e infierno. Hay una dignificación de la figura del poeta en contra de esa realidad contra la que se rebelan. El artista se siente al margen de la sociedad, y como tal, lleva una vida bohemia y contestaria.

A nivel formal, algunos aspectos resaltables son el uso de símbolos (esto se debe al influjo del simbolismo), la búsqueda de un lenguaje original y desmitificador, el

principio de que la poesía debía sugerir más que decir derechamente, unas descripciones fragmentarias (técnica de factura impresionista) o el uso del verso libre.

Esta concepción de la poesía, del poeta y estas características las vamos a encontrar en el metapoema modernista, como tema del que se ocupa el poema, pero también como característica propia del poema. Pues el metapoema, como ya hemos explicado, habla de la poesía al mismo tiempo que es poesía.

2. Análisis de los metapoemas

2.1. La poética modernista

“Y sólo muy pocas veces he recibido la visión en el alma. Uds. urgad con los ojos del alma bruta que son ojos sin párpados y sin pestañas, es decir, sin protección, los ojos que ven lo que hay que ver, y que ven lo que no hay que ver en su forma imposible, es decir, que lo ven sin verlo” (Segovia, 2021: 9)

Estas palabras las podemos leer en las primeras páginas de un libro publicado en 2021; un siglo entero separa este libro de la estética modernista y, aun así, en este poemario está presente una idea que hunde sus raíces en los poemas del Fin de siglo. El fragmento recogido es parte de una sección mucho más extensa que, a modo de introducción, sirve para presentar las intenciones de la voz poética a la hora de afrontar la escritura de este poemario. Justo como ocurre en ciertas expresiones de la poesía modernista, en este texto, la poeta, guiada por su alma, recorre los rincones del mundo con la esperanza de encontrar una verdad, no científica ni objetiva, sino un misterio, un aliento de vida oculto detrás de cada cosa que habita nuestra realidad. Así Enrique González Martínez, por ejemplo, en un largo poema constituido por una serie de consejos a los poetas más jóvenes, nos dice: “Y que afines tu alma que pueda/ escuchar el silencio y ver la sombra” (Olivo Jiménez, 1991: 283). O como también se menciona en el poema “*Non omnis moriar*” de Gutiérrez Nájera: “oigas la voz de todo lo que duerme/ ¡con los ojos abiertos en mi alma!” (Olivo Jiménez, 1991: 112). La paradoja se usa en las tres citas para expresar el carácter inefable de una verdad que está más allá del conocimiento racional del mundo.

Los tres textos se valen de los sentidos corporales, en este caso la visión y la audición, para explicar el mecanismo que sigue el alma para captar lo trascendente. Ambas facetas, la materialidad del cuerpo y el carácter etéreo del alma, se funden en la figura del poeta. Otro ejemplo sobre este punto podría ser el poema “Introducción” de Antonio Machado: “Sólo el poeta puede/ mirar lo que está lejos/ dentro del alma” (Machado, 1975: 118). O también el poema “El himno de las torres” de Leopoldo Lugones, donde la clave está en mirar con atención las proezas del alma: “Y mira cómo se llena de amor el metal, tocándole el alma por medio del rayo” (Olivo Jiménez, 1991: 343).

Esta idea también la podemos rastrear en los versos de Miguel de Unamuno “busca tan solo las palabras, ellas/ te crearon el alma y al creártela/ te hicieron creador; esto es; poeta” (Unamuno, 2002: 138). Unamuno le concede una importancia capital al lenguaje, pues solo a través del contacto con el lenguaje trascendental, bajo la guía del ritmo, el poeta se crea su alma.

En estos ejemplos ya vemos cuál es la concepción que los poetas modernistas tienen de sí mismos, cuál es la labor que cumple el poeta en la sociedad. Los poetas escriben contra los fundamentos de la sociedad capitalista de finales del siglo XIX. Se harán eco del creciente materialismo que promulga la moral burguesa, denuncian la incapacidad del conocimiento objetivo y científico de explicar los grandes misterios de la vida y rechazan esa fe ciega en el progreso técnico de la industria. Así su poesía pretende traspasar ese mundo de sombras y apariencias al que la ideología burguesa reduce la realidad. En este sentido, Gutiérrez Nájera en “*Non omnis moriar*” (Olivo Jiménez, 1991: 112-113) dice “todo lo que medroso oculta el hombre / se escapará, vibrante, del poeta, / en áureo ritmo de oración secreta/ que invoque en cada cláusula tu nombre”. En el alma del poeta se esconden los ritmos del universo capaces de reencantar el mundo.

En una sociedad en la que se ha impuesto una explicación racional del mundo que no es capaz de satisfacer la dimensión espiritual del hombre, la fe en las religiones tradicionales es cuestionada y se inicia un paulatino proceso de secularización. Ante esto, los poetas exploran caminos alternativos para llegar a dios. La poesía, convertida en una nueva religión, es uno de esos caminos.

Frente al conocimiento objetivo, el poeta escoge la introspección por medio del sueño y la memoria. Este es el caso de la poesía de Antonio Machado. Así el poema

LXXVII (Machado, 1975: 125-126) podemos leer estos versos: “la causa de esta angustia no consigo/ ni vagamente comprender siquiera; / pero recuerdo y, recordando digo”. Y al inicio del poema *Introducción* (Machado, 1975: 118-119) podemos leer: “leyendo un claro día/mis bien amados versos, / he visto en el profundo/ espejo de mis sueños/ que una verdad divina/ temblando está de miedo, / y es una flor que quiere/ echar su aroma al viento”. Los sueños y los recuerdos, en la mano del poeta, se convierten en una forma de autoconocimiento. Es una vía exotérica de descubrir la esencia de su alma.

En el primer poema el recuerdo le da las claves de su melancolía: la nostalgia por una infancia segura y plácida. Ahora esa seguridad se ha perdido y la tristeza asola al poeta, que no hace más que buscar a “Dios entre la niebla”. Precisamente este poema da cuenta sobre ese cambio en el pensamiento de la época y la necesidad de encontrar a Dios por todos los medios posibles. En el segundo son los sueños, y también en versos más abajo los recuerdos, que lee en sus poemas los que le revelan su yo más íntimo. Unos sueños y unos recuerdos que son ignorados por la sociedad y solo el poeta puede interpretar gracias a su “alma/ atenta al hondo cielo”.

Los poemas de Antonio Machado están plagados de versos en los que aparecen los sueños y los recuerdos. Es una de las señas de identidad de su poesía más temprana y que se mantendrá en toda su obra como una vía posible de exploración. Un ejemplo más podría ser la composición “El poeta” (Machado, 1975: 87-88) donde podemos leer lo siguiente: “en sueños oyó el acento de una palabra divina; / en sueños se ha mostrado la cruda ley diamantina”. Es lo mismo que antes, los sueños muestran la verdad de la vida. El poeta se convierte en el chamán de la tribu que tiene sueños adivinatorios.

La poesía se convierte en un instrumento para conocer el mundo, tanto interior como exterior, se busca revelar el alma de las cosas. Así, las cosas de la naturaleza, en una suerte de animismo, parecen estar dotadas de alma: “conozco los secretos del alma del paisaje” (Villaespesa, 1954: 183), esto lo podemos leer en el poema “Renacimiento” de Francisco Villaespesa. Ante el avance de la industria y el crecimiento de las ciudades, estos poetas creen encontrar en los paisajes naturales cierta autenticidad perdida; creen haber encontrado espacios no artificiales, no tocados por la mano del hombre.

Son muchos los ejemplos en los que el poeta aprehende la esencia de las cosas. Por ejemplo, José Martí en el poema “Siempre que hundo la mente en libros graves”: “yo percibo los hilos, la juntura, / la flor del Universo, yo pronuncio/ pronta a nacer una

inmortal poesía” (Olivo Jiménez, 1991: 86-87). O Enrique González Martínez que dice lo siguiente a modo de consejo a los poetas: “busca en todas las cosas un alma y un sentido/ oculto; no te ciñas a la apariencia vana; / husmea, sigue el rastro de la verdad arcana, / escudriñante el ojo y aguzado el oído” (Olivo Jiménez, 1991: 283-284). Así aparecen muchos objetos dotados de alma como pasa en el poema “La voz contra la roca” de Leopoldo Lugones: “cantan por sus heridas, ensangrentadas bocas/ de trompeta, que mueven el alma de las rocas/ y de los mares” (Olivo Jiménez, 1991: 337-340).; en el poema “Atrio” de Rubén Darío podemos leer el “alma de la tarde” (Olivo Jiménez, 1991: 235) ; o en el poema “El cisne” de Delmira Agustini las palabras “alma del lago” (Olivo Jiménez, 1991: 450-451).

Todo esto hace que el poeta esté inmerso en una búsqueda incansable a la caza del alma de las cosas, sin llegar nunca a producirse el encuentro final con el ideal: “Desnuda está la tierra, / y el alma aúlla al horizonte pálido/ como loba famélica. ¿Qué buscas, / poeta, en el ocaso?” (Machado, 1975: 126-127). Este es el poema LXXIX de Antonio Machado. La búsqueda produce un gran dolor y desamparo en el poeta hasta convertirse en un lobo que aúlla a la luna. El poeta es el que busca en todas las cosas el alma, a Dios, al ideal y a la belleza.

Muchos de los poemas mencionados en este punto tienen esa búsqueda como uno de sus principales motivos. En el poema “Diafanidad” de Amado Nervo, la voz poética pide serenidad y claridad a la conciencia para poder aprehender las cosas del universo: “Alma, tórnate onda/ para que cada flor y cada fronda/ copien en ti su fugitiva huella” (Olivo Jiménez, 1991: 264-265). El poema reflexiona sobre esos dos aspectos. En las primeras estrofas habla sobre esa serenidad: “los astros tienen miedo/ de naufragar en el perenne enredo/ del agua que se riza en espirales; / cuando el agua está en éxtasis, bajan a sus cristales”. En estos versos el poeta usa la metáfora para identificar a las cosas y las ideas con los astros y al agua con el alma.

Para esta concepción animista de la naturaleza, el fin último sería la unión total con la naturaleza. Este es el tema del poema “Sepulcro del poeta” (Martínez Sierra, 1921: 179) de Gregorio Martínez Sierra. En este poema se contraponen la tumba del poeta en las sociedades occidentales con la de un “bardo humilde” de “lejanos países”. Esas sociedades lejanas y exóticas sí comprenden la conexión del poeta con el alma de la naturaleza y, en consecuencia, a ella devuelven el cuerpo muerto del poeta enterrándolo “en el tronco robusto del rey del bosque”. Es lo contrario de lo que pasa en las sociedades

occidentales: el sepulcro que recibe el poeta aplasta con “graves mármoles y bronce” entorpeciendo su canto. El bardo sí puede fundirse con la naturaleza, una naturaleza preñada de olores, músicas, texturas y colores. Este poema representa muy bien el gusto modernista por el sincretismo sensorial, crear un arte de las sensaciones.

También en el poema “Credo poético” de Unamuno podemos encontrar menciones al alma de las cosas: “no el que un alma encarna en carne, ten presente, /no el que forma da a la idea es el poeta/ sino que es el que alma encuentra tras la carne, /tras la forma encuentra idea” (Unamuno, 1997:67). Además de esa defensa de la claridad en el poema, Unamuno identifica esa palabra desnuda con el alma. El poeta debe buscar el alma de las cosas y no recubrirla de ropajes inservibles. El poeta desvela el verdadero ser de los objetos, no los adorna.

Este poema es un buen ejemplo de otro de los principios de la poética del Modernismo: “piensa el sentimiento, siente el pensamiento”. Los modernistas confunden pensamiento y sentimiento en sus poemas. Esta idea proviene de las críticas de la filosofía de finales del XIX a los planteamientos racionalistas que habían separado la mente y el cuerpo, enfrentando la razón con las pasiones del ser humano.

Para terminar esta caracterización de la poética modernista, mencionaré como último rasgo el culto a la belleza. Contra esa realidad vulgar y fea, Rubén Darío le desea a Juan Ramón Jiménez en Atrio: “la belleza te cubra de luz y Dios te guarde”. O la belleza es el lema del batallón de poetas de Manuel Reina en *La legión sagrada* (Reina, 1894: 27): “Ideal y belleza”. Y continuando con las metáforas bélicas Enrique González Martínez dice “sírivate la belleza de coraza y escudo” (Olivo Jiménez, 1991: 282). Esa belleza que persigue el poeta en sus textos no es una mera cualidad de las personas y los objetos, sino la belleza entendida como armonía, una verdad divina que debe redimir el mundo.

La poética modernista es el aspecto más general, de ella dependen los demás apartados contenidos en este estudio. De ahí que este haya sido el primero en ser tratado. Una vez explicada esa concepción de la poesía como una vía de conocimiento a través del sueño y la memoria, una forma de descubrir el ser íntimo de las cosas; podemos pasar a analizar qué se quiere decir cuando se habla del poeta modernista.

2.2. La figura del poeta en el poema modernista

A través de los distintos ejemplos recogidos en la antología incluida como anexo en este trabajo, en este apartado se realizará un acercamiento a cómo los poetas del Modernismo se concebían a sí mismos. En primer lugar, comentaremos la posición de los poetas contra las circunstancias históricas de su época.

En esa sociedad de finales del siglo XIX, el poeta se siente marginado y excluido, pero eso no lo detiene; al contrario, se siente privilegiado de estar en esa posición. De hecho, en el poema “Legión Sagrada” de Manuel Reina (Reina, 1894: 27), podemos observar un llamamiento a adoptar una actitud beligerante con respecto a ese modelo materialista de la sociedad burguesa. El poema está repleto de referencias a la guerra y los soldados: “Ejército, paladines, espadas, corceles o divisa”. Los poetas modernistas llevan como estandarte el lema “ideal y belleza” y sus esfuerzos por hacerlo realidad son calificados de “ardorosos”. Pero su empresa fracasa y el poema termina con los versos siguientes: “¡mas siguen resonando sus clarines/ con mágica armonía!”. Esto redundante en la actitud malditista que asumen estos poetas, una actitud contestataria y rebelde.

Esta idea la encontramos en muchos otros poemas, pero solo destacaré los versos siguientes del poema “Mañana los poetas” de Enrique González Martínez: “Mañana los poetas seguirán su camino/ absortos en ignota y extraña floración, / y al oír nuestro canto, con desdén repentino/ echarán a los vientos nuestra vieja ilusión” (Olivo Jiménez, 1991: 286-287). En este texto, el poeta es capaz de predecir el futuro, de adelantarse a él con su canto. El poeta profetiza el futuro y lo misterioso.

Esa concepción del poeta como profeta es un lugar común en la poesía modernista: se identifica al poeta con elementos religiosos y adivinatorios. Por eso los poemas cuentan con un gran número de conceptos y expresiones como las siguientes: *alma, estigma, Dios, espíritu, sacro, divino, ángelus, virgínea, profecía, celeste*.... Pero no solo se identifica con elementos positivos; el poeta enlaza el cielo y el infierno, en él se conjuga uno y otro mundo: “Que te ames en ti mismo, de tal modo/ compendiando tu ser cielo y abismo, / que sin desviar los ojos de ti mismo/ puedan tus ojos contemplarlo todo”. (Olivo Jiménez, 1991: 283). Son versos de Enrique González Martínez.

Esta idea del poeta como profeta y como sabio está muy bien reflejada en el texto “El poeta” de Antonio Machado. Gracias al conocimiento que obtiene de sus sueños, el poeta se convierte en un sabio: “con el sabio amargo dijo: Vanidad de vanidades, /todo es negra vanidad” (Machado, 1975: 87-88). El ser consciente de esto produce en el poeta una cierta pesadumbre y el deseo de abandonar esta capacidad. Por eso empieza el poema con los versos “maldiciendo su destino/ como Glauco, el dios marino, / mira, turbia la pupila/ de llanto, el mar, que le debe su blanca virgen Scyla”.

También tenemos otras comparaciones y expresiones no tan comunes, pero que siguen insistiendo en la idea de que el poeta es un profeta y un marginado en la sociedad. Es el caso de Rubén Darío en el poema “¡Torres de Dios!, ¡Poetas!” (Olivo Jiménez, 1991: 210-211). El poeta según este texto es una torre, un pararrayos celeste, un rompeolas. Se conjugan imágenes religiosas con elementos de la vida moderna y la industrialización. Este matiz también se puede rastrear en el poema de Enrique González Martínez, en la construcción “arpa eólica” (Olivo Jiménez, 1991: 283) para referirse al poeta. En estos dos ejemplos el poeta sigue siendo un profeta, sigue captando el mensaje oculto de lo divino, y estas nuevas tecnologías sirven como metáfora de este aspecto. También podemos encontrar esta comparación en el verso “el canto de esos grandes es como un tren de guerra” del poema *La voz contra la roca* de Leopoldo Lugones; pero aquí el “tren de guerra” (Olivo Jiménez, 1991: 337-340) hace referencia a la actitud beligerante de los modernistas contra la sociedad.

Al poeta se le ha identificado con una estatua, como símbolo de su magnificencia. Este es el caso del poema “La estatua” (Aristides, 2002: 34) de Manuel Reina. El poema tiene dos estrofas: en la primera se describe a la estatua y en la segunda, mucho más corta, se establece la comparación con el poeta. Se trata de una escultura griega que se asemeja a una divinidad: “la figura de un Dios de ojos serenos”. La naturaleza que la rodea (las “aves”, los “árboles” o el “estanque”) se ve afectada por su belleza, pero la estatua siempre permanece “soberbia”, con “actitud nobel y severa”, “impávida” a su alrededor. Así el poeta es también “siempre blanco de envidias o alabanzas, / Impávido, sereno y arrogante, /sobre las muchedumbres se levanta”. Una vez más vemos ese tópico del poeta apartado de la sociedad, que se distingue del vulgo.

En otras ocasiones se compara al poeta con un camello, como podemos ver en el poema “Los camellos” de Guillermo Valencia (Olivo Jiménez, 1991: 312): “¡Oh artistas! ¡Oh camellos de la Llanura vasta/ que vais llenando a cuestras el sacro monolito!”.

Esos poetas-camellos son “taciturnos”, seres melancólicos (“bajo la virgen negra que los llevó en la sombra/ copiaron el desfile de la Melancolía...”). Son los únicos que son capaces de resolver el “borroso jeroglífico/ perdido entre las ruinas del infausto monumento”. Con su trabajo nos entregan una visión de lo oculto y lo infinito: “¡solo calmáis vosotros la sed de lo infinito!”. Y una vez más es el poeta el que, con su individualidad, salva a la humanidad: “sólo su arteria rota la humanidad redime”.

Además, la imagen del camello simboliza al mundo egipcio y árabe. Apela a los ambientes exóticos de Oriente, hacia los que los modernistas se sentían atraídos. Buscaban la evasión en el exotismo para escapar de la moral y la vida burguesa en las ciudades occidentales. A esto habría que añadirle la atracción por lo ignoto y lo desconocido.

En otros poemas, el poeta es un mendigo y un loco como pasa en la composición “Croquis” de Guillermo Valencia (Olivo Jiménez, 1991, 327-329): “Al rayar de un crepúsculo, el mendigo/ que era un loco tal vez, quizá un poeta”. Este poema es un dibujo esquemático sobre el suicidio de un poeta. Esta identificación del poeta con un loco atormentado que llega al extremo del suicidio no es baladí. Esto tiene que ver con esa sensación de marginación que posee el poeta, pero también entronca con la tradición clásica de la locura poética ya recogida en el *Fedro* de Platón. Esta idea es muy común en la concepción del poeta modernista. Con la muerte de ese poeta, la naturaleza se hace eco de su dolor: “vagaba un viento desolado y frío; / se crispaban los frágiles helechos”. Incluso el sol, el astro por excelencia con el que se comunica el poeta, llora su pérdida: “¡quien sabe/ si aquellas tenues gotas de rocío, / si aquella casta lluvia/ son lágrimas que vienen del vacío/ desde los ojos de la estrella rubia”.

Relacionado con la locura divina del poeta, está el culto al alcohol y al vino como un elixir que funciona como coadyuvante en la creación poética. Esto lo podemos ver retratado en el poema “Introducción” de Eduardo Marquina (Marquina, 1901: 7): “De cada hervor en tu poderoso seno, / brotará un pensamiento, y mis canciones/ guardarán tu recuerdo y la amargura, / conservarán de tus ocultas heces”. Estas ideas tienen una larga tradición en la literatura occidental que se remonta al pasado helénico. Por eso se incluyen estas palabras en el poema: “Yo os bendigo, / bacantes griegas, sátiros ligeros”. El poema termina en una gran alegría de la voz poética, expresada a través de un gran número de exclamaciones, animando a las personas a festejar con el vino y las canciones, como si fuesen las antiguas bacanales dedicadas a Baco, el dios del vino.

Al poeta se le ha relacionado con el sórdido mundo de la prostitución: en el poema “Antífona” (Machado, 1966: 103) de Manuel Machado podemos leer “¡hetarias y poetas somos hermanos!”. A lo largo del poema se insiste en la idea de que poetas y prostitutas comparten la misma imposición de mostrar la risa y ocultar su amargura: “ven, que yo sé la pena de tu alegría” o “ven y reiremos juntos mientras lloramos”. La sociedad los necesita, pero en el fondo los rechaza: “¡Bah! Yo sé que los mismos que nos adoran/ en el fondo nos guardan igual desprecio”. Solo el poeta es capaz de comprender el sentir de estas mujeres porque el poeta se encuentra en una posición parecida al enfrentarse a las convenciones sociales. En tanto que el poeta se siente un marginado, este se identifica con personas excluidas y al margen de la ley.

También me gustaría destacar otro aspecto en este poema: la mezcla de misticismo y la sensualidad. Lo podemos ver en las siguientes expresiones: “Virgen impura” o “santos y blasfemos”. Este es otro tópico de la poesía modernista. Un buen ejemplo son los versos de Francisco Villaespesa en el poema *Renacimiento*: “y es el eterno y único ensueño de mi estilo/ la encarnación del alma cristiana de María/ en el mármol pagano de la venus de Milo” (Villaespesa, 1954: 183). Es la unión de lo religioso y lo pagano, pero también de la beatitud y la pureza de la virgen y la exuberancia sexual de la venus de Milo.

La idea en claro que se saca de todos estos poemas es la constatación del proceso de dignificación de la figura de poeta que lleva a cabo el movimiento modernista. En la gran variedad de poemas comentados hasta ahora está presente la idea de que el ser poeta define al yo del escritor. Contra una sociedad que le ha dado la espalda a la espiritualidad y ha abrazado el materialismo, la idealidad y la exaltación enloquecida del poeta.

A modo de contrapunto a la poética modernista oficial, destacan los poemas “Yo, poeta decadente” (Machado, 2000: 204-205) y “Prólogo-epílogo” (Fernández Molina, 1982: 119) de Manuel Machado. La poesía de Manuel Machado se distancia de sus contemporáneos por abundar en un tono mucho más pesimista y displicente. En estos dos poemas podemos encontrar la voluntad de criticar la labor del poeta. Si comenzábamos este trabajo hablando de la importancia del alma del poeta, en “Yo, poeta decadente” Manuel Machado nos va a decir “alma, palabra gastada”. Este verso apunta a la crítica del lenguaje, pero también denuncia que esta expresión se ha convertido en un cliché literario (“Gastado, un lugar común”) y que detrás de él no haya ninguna realidad, sino más literatura. El poema termina con una afirmación agramatical de impotencia y

relativismo: “Todo es conforme y según”. La actitud desde la que se emite este poema es muy distinta al orgullo y la fanfarria de otros poemas modernistas como “Legión sagrada” de Manuel Reina (Reina, 1894: 27), que no duda en ensalzar la figura del poeta. El poeta que nos está hablando es un descreído, se ha desmitificado.

El segundo poema presenta ideas parecidas. Inicia con la enunciación de una supuesta renuncia a la escritura aconsejada por su médico, lo cual redundará en esa crítica de la figura del poeta. Seguido de esto vemos una descripción mucho más terrenal de la poesía: habla abiertamente de los problemas económicos relacionados con la escritura (“no se ha visto un Mecenas, un Lúculo, un Petronio”), la pérdida de la juventud (“Luego, la juventud que se va, que se ha ido”), la fama del escritor (“la gloria, que, tocada, es nada, disipada...”) y describe a una amada y su amor por ella de una manera totalmente desmitificada (“y el Amor, que, después de serlo todo, es nada”). En la última estrofa, en un gesto que parece casi antipoético, nos hace un resumen de las razones por las que abandona la poesía, un resumen del poema como si fuera un texto farragoso en el que es necesario aclarar los puntos claves.

La poesía y la vida del poeta se revelan como un mito modernista y romántico, que no se corresponde con la realidad. El poema supone una desacralización de la figura del poeta: lo hace bajar de su pedestal y enfrentarse con problemas muy terrenales como lo es el dinero.

En resumen, durante el Modernismo el poeta se concibe como una persona excluida y enfrentada a la sociedad, capaz de vislumbrar lo oculto detrás de las apariencias y un profeta con la habilidad de unir el cielo y el infierno. Una persona disconforme con la sociedad que le ha tocado vivir, atormentada y bohemia.

2.3. El ritmo, la musicalidad y la forma

En los poemas contenidos en este apartado, el ritmo y la musicalidad del poema se convierten en el objeto de estudio. Esta característica del poema, por encima de otras, se valora como esencial en la escuela modernista. De ahí que para Antonio Machado la poesía es “canto y cuento” (Machado, 1975: 298) y que José Asunción Silva diga “en ella conté un cuento” (Olivo Jiménez, 1991: 154). En los versos comentados a continuación

podemos encontrar un decálogo sobre cuál es la función del ritmo. Junto a esto se comentarán poemas que hablan sobre otros aspectos formales como la rima.

El ritmo es algo que el poeta llega a controlar como podemos leer en Villaespesa: “El ritmo, el gran rebelde, me rinde vasallaje, / y cuando quiero ríe, y cuando quiero vuela, / y he domado a mi estilo como a un potro salvaje, / a veces con el látigo y a veces con la espuela” (Villaespesa, 1954: 183). La cuestión del ritmo ocupa la primera estrofa del soneto “Renacimiento”. El resto del poema describe la concepción modernista de la figura del poeta: conocedor de los misterios del mundo, intermediario entre el infierno y el cielo, etc.

En otros poemas también se utiliza este lenguaje relacionado con la doma del animal indócil. Así lo podemos leer en Manuel González Prada: “sueño con ritmos domados al yugo de rígido acento” (Fernández Molina, 1982: 47). O en Asunción Silva: “ritmos indóciles” o “tascando frenos áureos bajo las riendas frágiles/ cruzaron los tercetos, como corceles ágiles” (Olivo Jiménez, 1991: 153).

El ritmo guía al alma y allana el camino para el nacimiento de las ideas. En Manuel González Prada podemos leer: “ritmos sedosos que afloren la idea, cual plumas de un cisne/ rozan el agua tranquila de un lago” (Fernández Molina, 1982: 47). Ritmos que, según González Prada, llegan a aprehender la realidad: “ritmos que en griego crisol atesoran sonrojos de virgen, / leche de lirios y sangre de rosas”. O también en Rubén Darío: “la celeste unidad que presupones/ hará brotar en ti mundos diversos” (Olivo Jiménez, 1991: 203). Para Rubén ese ritmo es interior y el poeta debe descubrir su lógica: “ama tu ritmo y rima tus acciones/ bajo su ley, así como tus versos”. Mientras que para Enríquez Diez Canedo el ritmo viene al poeta como un rumor sin una procedencia clara: “Como pasa esta música de no sé qué piano/ Que a nosotros, lejana, viene de no sé dónde, / Perdida... Nos parece que, oyéndola, escuchamos/ El latir del inmenso corazón de la noche...”

Por último, el ritmo es soñado. En numerosos poemas, el poeta anhela encontrar ese ritmo, desea dominarlo, pero nunca lo posee. Así González Prada titula a su poema “Ritmo soñado” (Fernández Molina, 1982: 47) y en “Un poema” Asunción Silva empieza con el verso “soñaba en ese entonces en forjar un poema” (Olivo Jiménez, 1991: 153). el poeta se reconoce en el acto de buscar a través del sueño y el misterio, y no tanto en el acto de encontrar.

Relacionado con este aspecto de lo sonoro en el poema, está la concepción de la poesía como un arte de sugerir. Este es el tema central de “A media Voz” de Enrique Díez-Canedo (Diez-Canedo, 1910: 174). El poeta debe hacer que las palabras “vibren suavemente”, debe “sutilizarlas tanto que, tenues, las palabras/ transparentes se tornen como velos nupciales”, “y entrecortarlas con silencios prolongados/ para saborear todo su encanto íntimo”. Solo de esta manera el poema puede comunicar realmente lo que el autor siente.

Después de leer los textos comentados, nos percatamos de que detrás de todos estos poemas que hablan sobre el ritmo y la musicalidad es la llamada teoría ilusionista. Este planteamiento dice que hay ciertos textos que producen una seducción en quien los lee. El texto literario estaría imbuido de una magia que te obliga, que te arrastra. Esto es claramente un pensamiento religioso, como religioso es también el origen la literatura. Es en la antigüedad cuando estas ideas tienen una amplia aceptación. La podemos observar muy bien retratada en el texto el Encomio de Helena de Gorgias. En él el escritor heleno defiende a Helena porque esta no se habría podido defender del poder seductor de las palabras de Paris. A pesar del paso del tiempo, la teoría ilusionista se ha mantenido hasta llegar a la modernidad.

Con respecto a la rima, encontramos distintas actitudes. La postura más moderna es la de Manuel González Prada. En “Ritmo soñado” rechaza la rima como un obstáculo para el ritmo: “libres del rudo carcán de la rima”. Por su parte, Antonio Machado, mucho más moderado, invita al poeta a atenuar el efecto de la rima: “Prefiere la rima pobre, / la asonancia indefinida. / Cuando nada cuenta el canto, / acaso huelga la rima” (Machado, 1975: 299). La rima, y con ella todo ese aspecto formal y musical del poema, tiene una gran relevancia, dice Machado, pero esta debe apoyarse en un contenido que la respalde.

Un caso especial es el de Unamuno. En el poema “A la rima” (Unamuno, 1997: 313), el escritor salmantino define su rima con una imagen que contrasta con la concepción que tienen otros autores sobre la poesía: “macizas ruedas en pesado carro, / al eje fijas, rechinante rima”. Sabemos por otros poemas del autor que le concede un papel importante a la rima: “rima generatriz, fuente de historia”. La metáfora se extiende por todo el poema y las rimas-ruedas llevan “al buey tosco, que no al corcel bizarro”. La rima tiene reservada un importante papel en el poema, esta ayuda al escritor en su labor; pero esa rima es accesoria, no es esencial en el texto poético como dice en “Credo Poético”: “algo que no es música es la poesía/ la pesada solo queda” (Unamuno, 1997: 67). La

poesía, para permanecer, por un lado, debe estar preñada de significado, y, por otro, debe ser terrenal y no perderse en lo vago y etéreo.

Otro poema de Miguel de Unamuno que inicia con el verso “¿Que de qué sirve la rima?” (Unamuno, 2002: 148-149) nos habla de la función de la rima en el texto poético. Esta puede ser un instrumento que “ya nos eleva a la cima/ ya nos sumerge en la sima”. La rima es una ayuda para el poeta, que puede suponer su éxito con la construcción de buena poesía o su fracaso. Esta idea se expresa en dos versos paralelísticos y antitéticos.

En el poema “Sin sentido” (Unamuno, 1997: 305-307) Unamuno imagina la posibilidad de una palabra sin significado, una palabra que solo importa en su sentido material, fónico. Es la musicalidad de la palabra la que guiaría el texto: “quisiera no saber lo que dijese, / nada decir, hablar, hablar tan solo, / con palabras uncidas sin sentido/ verter el alma”. De este modo la palabra, sin comunicar, sugiere mucho más: “¡Oh la primaveral verde tibieza/ que en mi pecho metiéndose susurra/ secretos a mi oído y misteriosa/ nada me dice!”. El poema está formado por estrofas de cuatro versos, en las que tres versos son endecasílabos y el último es un pentasílabo.

Destacan aquellas estrofas en las que interpela al lector por medio de preguntas: “Y luego... ¿Qué? ¡No sé! ¿Qué importa? / ¡Podéis cortar donde queráis; el cuento/ nunca se acaba y por lo tanto acaba/ donde se quiera”. Habla sobre ese poema sin sentido que está escribiendo, un poema que, al no tener significado, no empieza ni termina. Solo el poeta decide cuando concluirlo. Al hablar de esto abiertamente, hace partícipe al lector y da la sensación de que ha roto la cuarta pared: “¿Queréis que acabe ya? ¡Bueno! Ahí os queda”.

En este apartado, hemos querido probar la importancia del ritmo y la musicalidad en la concepción de la poesía modernista, tanto que muchos de los escritores le dedican poemas enteros para reflexionar sobre ella.

2.4. Poemas en los que el autor expone su poética y la evolución de su obra

Son pocos los poemas seleccionados que incluimos en este apartado. Apenas dos poemas de Unamuno, otros dos de José Martí, dos poemas de José Santos Chocano y uno de Rubén Darío en el que el tema central es un repaso de su obra.

Del poema “Credo poético” (Unamuno, 1997:67) de Unamuno ya se han comentado varios aspectos en apartados anteriores en los que ya no insistiremos. En este poema, Unamuno nos da las claves de su poética. El poema insiste en la necesidad de cargar de ideas al verso, de darle una consistencia a la forma, una pesadez. Expresa esta postura echando mano de numerosas metáforas. En el verso “que tus cantos tengan nidos en la tierra”, identifica la poesía con el cantar de un pájaro, una metáfora muy explotada, pero que se ve subvertida por la necesidad de darle un sentido firme a ese canto, darle unos “nidos en la tierra”. Lo importante en el poema es argumentación y la reflexión, no lo ornamental, que es accesorio y entorpece. Esto lo dice una vez más con una metáfora, identifica a la forma del poema con la ropa como hacen otros poetas como Juan Ramón Jiménez: “no te cuides en exceso del ropaje, / de escultor, no de sastre es tu tarea”.

Estas mismas ideas las podemos encontrar en el poema “Denso, denso” (Unamuno, 1997: 69). A través de una estructura paralelística, nos dice que la poesía es un producto tosco y chirriante que lleva auestas la pesada carga de un pensamiento complejo. Es una defensa de la claridad y la sencillez en el poema, una postura que contrasta con los poemas más preciosistas y elaborados del Modernismo.

También los poemas “Poética” (Olivo Jiménez, 1991: 84) y “Versos Sencillos” (Olivo Jiménez, 1991: 89) de José Martí tienen como tema central esa defensa de la sencillez. Poética está formado por una única estrofa en la que se enumera todas las cosas que podría ser su poesía, de las que podría hablar: cosas lujosas y vanas. Pero por encima de todo eso elige la trascendencia del amor y la naturaleza. En “Versos sencillos”, la poesía de Martí se identifica -a través de las fórmulas es, es como- con diferentes elementos relacionados con la naturaleza: un monte, un abanico de plumas o una espada. El verso es fuerte como la espada, ligero y grácil como las plumas y contundente como los montes.

Parece que estos poemas los escribieran desde la necesidad de justificar su modo austero de escribir en contra de la ampulosidad de otras vertientes del Modernismo. Una

reacción contra un arte que no muestra la verdadera esencia de las cosas y solo se entretuviese en la contemplación de los adornos y las texturas de los objetos.

Los dos poemas de José Santos Chocano son dos sonetos titulados “Blasón” (Olivo Jiménez, 1991: 422-423) y “Troquel” (Olivo Jiménez, 1991: 423). En los que una vez más se critica la vertiente del Modernismo que acostumbra a emplear formas más elaboradas y preocupada por la musicalidad. En “Blasón” podemos leer: “mi verso no se mece colgado de un ramaje/ con un vaivén pausado de hamaca tropical...” Pero, en lugar de limitarse a reclamar una poesía más sencilla, define a su poesía como expresión del ser latinoamericano, de su historia y su linaje. De ahí el nombre “Blasón”, a lo largo de los catorce versos del poema describe el escudo de armas de su linaje, formado por la sangre india y la española. El poema “Troquel” vuelve sobre esta misma idea, pero unida a otra idea: en el primer cuarteto, la conciencia de que no conseguirá la fama con su poesía, pero sí logrará la trascendencia encontrando un canto nuevo, un nuevo troquel, que exprese ese ser latinoamericano. Estos textos se podrían emparentar con los poemas de Rubén Darío que recuperan y reivindican motivos del pasado precolombino de Latinoamérica, textos como “Caupolicán”. Pero al mismo tiempo en los textos de Santos Chocano hay un reconocimiento de la tradición española, un hermanamiento con España, como también destaca Rubén Darío en su artículo “El triunfo de Calibán”, escrito contra la cada vez mayor injerencia estadounidense en América Latina.

El último texto de este apartado es precisamente “Yo soy aquel que no más decía” (Olivo Jiménez, 1991: 205-209) de Rubén Darío. El poema está formado por una larga tirada serventesios en los que no solo se enumera los principios de su poética, sino que además reflexiona sobre su vida y la evolución de su obra desde su juventud. Se mencionan sus influencias de juventud (“con Hugo fuerte y Verlaine ambiguo”) y su temperamento (“todo ansia, todo ardor, sensación pura”). El poeta reniega de esa actitud y abraza una postura más serena y calmada: “vida, luz y verdad, tal triple llama/ produce la interior llama infinita. / El arte puro como Cristo exclama:/ ego sum lux et veritas et vita!”. Como en los poemas anteriores, también aquí se reclama esa vuelta a lo esencial, a las cosas en su desnudez.

2.5. Crítica del lenguaje

Una de las temáticas más recurrentes en la poesía del siglo XX a partir de la generación de medio siglo es la metapoesía, y dentro de ella, la crítica al lenguaje. Esto es, la crítica de la capacidad de referencialidad del lenguaje. Es la idea de que las palabras no pueden nombrar la realidad. No existía, por tanto, un afuera del lenguaje, este solo puede nombrarse a sí mismo. Estas son las ideas que las teorías posestructuralistas propagan a partir de los años 50 y 60, ideas que ya apuntan a la literatura y el pensamiento posmoderno. Esa literatura posmoderna que, con la idea de que no existe un relato único de la historia, revisita el pasado para cuestionarlo y reescribirlo.

Sin embargo, este tema no es exclusivo de esta época, también se da a finales del siglo XIX. Influidos por los simbolistas, los poetas modernistas conciben la realidad como una ilusión, un mundo de apariencias que es necesario trascender para poder alcanzar la dimensión de lo espiritual. Como se puede comprobar, son unas ideas que hunden sus raíces en los planteamientos platónicos del dualismo ontológico. Dicen los simbolistas que, para expresar los sentimientos más profundos, para poder intuir el alma de las cosas que se oculta tras la realidad engañosa, el lenguaje común no es suficiente. El lenguaje se revela como un instrumento defectuoso para la labor del poeta, la entorpece: “envueltas en palabras que ocultan como un velo, / y con caretas negras de raso y terciopelo” dice José Asunción Silva en “Un poema” (Olivo Jiménez, 1991: 153). Lo cual resulta paradójico porque el arte literario se construye por medio de la palabra. Esta es la razón por la que estos autores utilizan profusamente los símbolos; para representar lo inefable, lo que se escapa a los ojos.

El símbolo ofrece la posibilidad de nombrar una realidad superior (espiritual e inmaterial) mediante la referencia a elementos del mundo material. Así Antonio Machado usa el referente de la tarde para hacer referencia a su estado de ánimo: “es una tarde cenicienta y mustia, / destartalada, como el alma mía” (Machado, 1975: 125). Machado es el mejor ejemplo en España de autores que hacen uso de los símbolos. Entre los símbolos más frecuentes que podemos encontrar en su obra están la tarde, el camino o el motivo de las galerías del alma. En la literatura modernista son muy comunes el cisne, las flores o la esfinge.

Estas ideas conducen a los poetas a una lucha constante con la palabra. Hay una conciencia de que, por sí mismo, el lenguaje no comunica del todo. No transmite nuestros sentimientos más profundos. Así las palabras deben estar labradas, deben vibrar suavemente, deben estar entrecortadas por los silencios para poder comunicar. Ese es el consejo de Enrique Díez-Canedo en su poema “A media voz” (Diez-Canedo, 1910: 174): “sutilizarlas tanto que, tenues, las palabras/ transparentes se tornen como velos nupciales”. El estilo de escritura modernista se sustenta en estos principios. La poesía se transforma en todo un arte de las sugerencias, el verso sugiere olores, sabores, colores y texturas creando lo que se conoce como sincretismo sensorial. En el texto aparecen mezclados los cinco sentidos dejando al lector extasiado. Por eso José Asunción Silva dice que les da a sus versos “olor de heliotropo y color de amatista” (Olivio Jiménez, 1991: 153).

Una vez explicado esto, el apartado se va a centrar en el análisis de aquellos poemas que tienen como temática principal la reflexión sobre el lenguaje, donde se expresa explícitamente estas ideas.

En primer lugar, los poemas de Antonio Machado de la sección “Proverbios y cantares” del libro *Nuevas Canciones*. Los poemas de esta sección adoptan formas breves y aforísticas, de apenas unos pocos versos. Son versos, por tanto, de una gran condensación temática y reflexión. En los textos recogidos en la antología para este trabajo, Antonio Machado da una serie de consejos a los poetas. Advierte a los poetas que su canto debe guiarse hacia la verdad esencial, no quedarse en un griterío sin sentido. Frente al eco, la voz; y frente al mundo ruidoso, la búsqueda de la palabra divina. En esa necesidad de distinguir en el ruido la palabra verdadera se encuentra implícita la idea de la lucha con la palabra: “No desdeñéis la palabra; / el mundo es ruidoso y mudo, / poetas, solo Dios habla” (Machado, 1975: 274).

Una actitud parecida encontramos en el poema “La palabra” de Miguel de Unamuno (Unamuno, 1911: 98). Llama la atención sobre que no se puede ignorar la importancia de la palabra, no se puede abandonar su cuidado y su búsqueda: “nunca la profanéis a huero ripio”. El poema también relaciona la palabra con Dios y su verbo creador: “llave del ser, fue en un principio el verbo”. De hecho, el poema empieza con la referencia “Juan I 1. Mat VI 9”, es el pasaje sobre el verbo de vida en el evangelio de Juan. el respeto que debe guardar el poeta a la palabra se debe a que la palabra crea la

realidad, mediante ella Dios creó el mundo y el poeta tiene un acceso privilegiado a esa palabra.

Este es un poema donde lo que cuenta es el pensamiento, un pensamiento de una gran hondura como defendía Unamuno en su poema “Credo poético” (Unamuno, 1997: 67). En este caso la reflexión mezcla lo religioso y lo metaliterario. Estas ideas pueden estar emparentadas con el tópico del paraíso perdido. En su origen el hombre podía llamar a las cosas por su nombre exacto, pero con la caída del paraíso, el lenguaje se aleja de las cosas y ya no es capaz de significar.

En el plano de lo formal, habría que mencionar la estrofa, un soneto, y algunas figuras destacadas en las que se apoya el pensamiento, metáforas y comparaciones: metáforas como “y el verbo es la cadena con que anuda/ Dios los dispersos granos de su acervo” o comparaciones como “y en él la apaga cuando su alama suda/ como en la fuente tras de acoso el ciervo”.

“¡Id con Dios!” (Unamuno, 1997, 65) es otro de los poemas de Unamuno incluidos en la antología de este trabajo. El poema es una única estrofa en la que se habla sobre las ideas y dificultad de plasmarla en los versos y el destino de esos versos una vez han sido publicados. Con lo que respecta al tema que nos ocupa en este apartado destacan los siguientes versos: “y al querer enjaularlas yo en palabras/ del olvido a los montes se me fueron”. El texto da cuenta de esa búsqueda del poeta para encontrar las palabras que transmitan las ideas sin traicionarlas. Es la imposibilidad de la palabra para mostrar las cosas tal como son, tal como el escritor se las imagina. En el apartado sobre la inspiración se analizará más detenidamente este poema.

En el poema “La voz de las cosas” (Olivo Jiménez, 1991: 150) de José Asunción Silva también está presente esta idea. El poema está constituido por dos estrofas, ambas formadas por la prótasis de una oración condicional. Así el sentido que transmite es que estamos en el campo de lo hipotético, del deseo, pero nunca de su realización. El poeta sueña con aprehender las cosas: “¡Si os encerrara yo en mis estrofas, / pálidas cosas que sonreís”. Esas cosas son “frágiles”, “pálidas” o “fantasmas grises”. El poema no logra transmitir la esencia de las cosas por su carácter cambiante e inestable: “móviles formas del Universo/ sueños confusos, seres que os vais”.

El siguiente ejemplo es el soneto “Yo persigo una forma” (Olivo Jiménez, 1991: 204) de Rubén Darío. El poema tiene como tema central una vez más el deseo del escritor

por encontrar las palabras exactas que transmitan sin traicionar las ideas. Busca una forma que se identifica con el mundo vegetal de las flores (“botón de pensamiento que busca ser la rosa”) o se compara con la luz o el rayo de luna (“y en mi alma reposa la luz como reposa/ el ave de la luna sobre un lago tranquilo”). Los cuartetos enuncian el deseo, mientras que los tercetos dan cuenta sobre el carácter escurridizo de la palabra y la desazón que crea en el poeta. El último terceto vemos que esa desazón termina en la reflexión sobre la existencia y su finitud. Esa es la función del símbolo del cuello del cisne en el último verso; es un motivo recurrente en la poesía modernista: “y el cuello del gran cisne blanco que me interroga”.

También cabría aquí el poema “Siempre” (Olivo Jiménez, 1991: 273-274) de Amado Nervo. El poema se divide en dos estrofas, de las cuales la primera es de especial interés para nuestro estudio. En ella responde a la pregunta “¿Y cómo harás en lo futuro versos?”. Una vez más lo que se esconde detrás de la respuesta es la desconfianza en la capacidad referencial del lenguaje, por lo tanto, ese poema será “sin palabras apenas, / o palabras que formen leve reja, / delgada reja, tras la cual asome, / tembloroso, mi espíritu desnudo”. Estos versos recuerdan al poema Sin sentido de Unamuno. Quiere un poema formado por palabras no palabras, sutilizadas, que, sin embargo, comunican más que el lenguaje común. Ese espíritu del poeta como vimos anteriormente está “hambriento de supremas realidades/ ávido de saber la sola cosa”.

El penúltimo ejemplo es el soneto “Lo inefable” (Olivo Jiménez, 1991: 442-443) de Delmira Agustini. En su gran mayoría el poema está formado por numerosas preguntas, exclamaciones y oraciones suspendidas. Esto transmite muy bien el estado angustiante en la que se encuentra la poeta por la falta de explicaciones de lo que ocurre. El título ya apunta cuál es la razón de sus preocupaciones: lo que no se puede definir con palabras, lo inefable. La voz poética llega a afirmar de manera hiperbólica que muere por no darle forma ese pensamiento: “muero de un pensamiento mudo como una herida”. Para poder referirse a ese pensamiento y el daño que ocasiona en la poeta, para referirse a esa dimensión de lo espiritual, utiliza referentes materiales. Así ese pensamiento es “mudo como una herida” del mismo modo que una persona o un animal. También se identifica al pensamiento con las metáforas de una “estrella dormida” o una “trágica simiente”; o se dice que atormenta a la voz poética porque “no alcanza a dar flor”, porque esa estrella “no daba un fulgor” o porque esa simiente se “clavaba en las entrañas como un diente feroz!”. En resumen, el poema podría compararse temáticamente con el poema

“Yo busco una forma de Rubén Darío. Ambos tienen esa preocupación por encontrar la forma exacta que encaje con su pensamiento. Pero, en el caso del poema de Agustini, esa preocupación es mucho más acuciante.

El último texto es “Yo, poeta decadente” de Manuel Machado (Machado, 2000: 204-205). Este poema está formado por tres estrofas. En la primera, la voz poética nos habla de su vida pasada, no tanto desde la nostalgia sino desde el cansancio y el desencanto con una vida bohemia de excesos. Es ese profundo desencanto el que motiva a la voz poética a reconocerse a sí misma como el último eslabón de una estirpe ya en decadencia: “de estos bisnietos del Cid”. En las dos estrofas restantes, mucho más breves, la actitud enunciada en la primera estrofa se extiende a la poesía y a su instrumento por antonomasia, el lenguaje. En la segunda leemos: “Una cosa es la poesía/ y otra lo que está grabado/ en el alma mía”. La literatura, con sus amores y las aventuras de las que se ocupa, es un mito, un cliché que no se corresponde con la realidad, con esa verdad que se oculta en el alma del poeta. Es una postura pesimista que se acentúa en la última estrofa. Las palabras que había utilizado en la estrofa anterior se revelan un “lugar común” y una “palabra gastada”. El resultado es el relativismo, la idea de que no existe una única verdad todo depende de la perspectiva con que se mira las cosas.

En este sentido, la poesía de Manuel Machado contrasta con la de sus contemporáneos y al mismo tiempo parece adelantarse en el tiempo. Esta pose pesimista y desencantada con el lenguaje y la literatura será muy explotada por la poesía del siglo XX, en la literatura española especialmente por la generación de los novísimos.

Estos son algunos ejemplos de las realizaciones que el tema de la crítica del lenguaje ha tenido en la poesía de finales del siglo XIX. Lo cual nos prueba que no es un tema exclusivo de la segunda mitad del siglo XX, sino que es posible encontrarlo en épocas anteriores. Aunque no tan explotado como en esa época, cuando los poetas novísimos convirtieron este asunto en uno de sus temas predilectos.

2.6. La inspiración y las musas

En este punto, se analizarán detenidamente aquellos poemas que reflexionan sobre la inspiración poética, otro de los motivos más recurrentes de la poética modernista. En total se mencionarán ocho poemas de los recogidos en la antología.

El primero se titula “Autumnal” (Olivo Jiménez, 1991: 175), es uno de los poemas de Rubén Darío. El nombre del poema es un latinismo que proviene de *autumnalis*, ‘otoño’ en latín. El otoño y sus “pálidas tardes” actúan como símbolos de una vida adocenada y aburrida, pero también de la melancolía: “¡Ah los suspiros! ¡Ah los dulces sueños! ¡Ah las tristezas íntimas!”. En esas tardes un hada guiará al yo poética en un viaje hacia la inspiración. El tema del poema es la inspiración y la búsqueda del ideal.

La composición combina de una forma muy libre versos de siete y once sílabas, es una silva. El poema tiene una estructura circular, pues termina recordando los versos del inicio. La llegada del hada infunde el deseo de abarcarlo todo, de conocerlo todo: “una vez sentí el ansia/ de una sed infinita”. Aun así, deja al yo poético en el mismo estado en el que se encontraba, aunque con un cambio. Después de conocer las posibilidades a las que puede aspirar, se queda insatisfecho, con ganas de una trascendencia mayor: no hace más que repetir “¡Más!...”.

Una vez descrito el poema en términos generales, podemos pasar a interpretar cómo entendían los modernistas la inspiración. Es un concepto claramente relacionado con lo fantástico y con aquellos elementos que se escapan de la razón: “me cuenta una hada amiga/ las historias secretas/ llenas de poesía”. En línea con las ideas que ya se han comentado, la inspiración es una fuerza sobrenatural y divina a la que solo el poeta, dotado de su agudo olfato, puede acceder. Por lo tanto, lo que pesa en este concepto es una visión romántica, tal vez la más común en la tradición literaria.

Es el propio ideal, la belleza y el alma de las cosas lo que inspira al poeta; eso que el artista busca incansablemente anima al poeta a continuar con la escritura. Incluso cuando el poema termina con la idea de que nunca podrá alcanzar el final, de que nunca llegará a encerrar al ideal en sus versos, como pasa en este poema, el apetito de ideal sigue impulsando al poeta. Es precisamente lo que podemos leer otros poemas del autor como en Ama tu Ritmo: “la celeste unidad que presupones/ hará brotar en ti mundos diversos” (Olivo Jiménez, 1991: 203).

Me gustaría destacar otro elemento más. En la penúltima estrofa, el hada, después de mostrarle a la voz poética los más hermosos paisajes, parece llegar a el límite

en el que por fin trasciende el mundo de las apariencias. Utilizando la imagen del velo de maya de la religión hindú dice “el hada entonces me llevó hasta el velo/ que nos cubre las ansias infinitas/ la inspiración profunda, / y el alma de las liras, / y lo rasgó. Y allí todo era aurora. / En el fondo se veía. / Un bello rostro de mujer”. Se identifica a la inspiración con una mujer, otro tópico de la tradición literaria. Precisamente son unas mujeres, las musas, en la mitología griega las que conceden la inspiración a los artistas. Estas aparecen mencionadas en el poema de manera indirecta: en la última estrofa se habla de las “piérides”, un grupo de hermanas que se enfrentaron a las musas.

También es una mujer, Teresa, la fuente de la inspiración en el poema de Unamuno que empieza con el verso “Eres tú mi poesía” (Unamuno, 1909: 137). Este texto forma parte de un libro dedicado a esa amada y que lleva por título su nombre. El poema que nos ocupa es un claro deudor de esa línea romántica, depurada e intimista, que parte de Bécquer. Ese “eres tú mi poesía” es una cita directa del “poesía eres tú” de Bécquer.

El poema está formado por cuatro cuartetas, en las que las figuras de repetición y la rima le dan un gran ritmo. Da la sensación de ser una canción sencilla e ingenua sobre el amor. Así son las palabras y las imágenes escogidas: “tú me has dado la palabra/ que nuestro amor sembrará” o “eres la luz que se hizo carne/ y vino al mundo a morir”. Esa idea de la amada como fuente de inspiración se transmite mediante la metáfora de la luz o de la plantación.

El tercer poema es “Lustral” (Olivo Jiménez, 1991: 250) de Ricardo Jaime Freyre, un texto que recuerda a “Autumnal” de Rubén Darío. Describe una escena con elementos fantásticos: la “visión” acude a la llamada del yo poético como lo hace el hada de Rubén Darío; esa visión también está personificada en una mujer, una mujer que transmite la inspiración al poeta mediante un acto sexual sugerido implícitamente: “sobre sus negros labios/ posé los labios míos”; y también vemos asociada la búsqueda de la inspiración con la melancolía: “y era pálida y triste, y sus pupilas ardían como hogueras de martirios” (esa misma palabra, pálida, se utiliza en el poema *Autumnal*).

Esa melancolía, esas dificultades que lleva aparejada la inspiración se expresa mediante comparaciones y metáforas de carácter negativo y que insisten en el color negro: “hogueras de martirios”, “una ave negra, / de negras alas”, “espinas”, “negros labios”. Y la unión final de la visión y el poeta está presidida por una antítesis: “y sentí frío/ que me llegaba al corazón. Y el fuego/ en los ojos”.

El cuarto poema es “Invocación” de Enrique Díez-Canedo (Diez-Canedo, 1906: 23). Es un soneto en el que ruega a una serie de elementos que le concedan la inspiración, Por lo tanto, el texto está formado por la enumeración de esos elementos. Cada estrofa sigue una estructura paralelística: primero la enumeración y después la petición (“dadme un sueño de calma y un claro despertar”). Ese paralelismo lo podemos ver también en la bimembración de los dos primeros versos de los dos cuartetos (“Alegrías humildes, humaredas de hogar”). Los elementos son algunos de los que ya hemos visto en los poemas anteriores: provenientes de la naturaleza (“explosión de la rosa” o “borbollar de la fuente”) o lo femenino (“risa de la mujer”).

El primer terceto sirve como contrapunto al carácter positivo de los elementos agrupados en los cuartetos. El poeta también se alimenta de los “dolores que aborrece la muchedumbre incrédula” y extrae de ellos la inspiración. En él los opuestos se reconcilian. También sobrevuela en el verso citado la idea del poeta marginado y excluido de la sociedad. Por último, el segundo terceto funciona como resumen del poema y de sus intenciones como poeta: “traducir en mis versos la prosa de la vida”.

El quinto poema es también un soneto, “La musa” (Olivo Jiménez, 1991: 441) de Delmira Agustini. También se parece al anterior en que la enumeración cobra un gran protagonismo, pero en este caso el poema es un inventario de las cualidades que debe tener la musa. Esa musa se define con adjetivos, imágenes e ideas propias de la estética modernista: adjetivos como “misteriosa”; la unión de los opuestos como en el verso “¡en sus manos asombren caricias y puñales!”; imágenes como “ojos de abismo”; el sincretismo sensorial en los versos “en su boca, una fruta perfumada y bermeja/ que destile más miel que los rubios panales”; o el deseo de conocer el misterio último del mundo en el verso “que el Universo quepa en sus ansias divinas”.

El sexto ejemplo es “Ofertorio” (Villaespesa, 1954: 195) de Francisco Villaespesa, otro soneto. El tema central es la creación poética y la inspiración. Los dos cuartetos y el primer terceto describen ese momento del nacimiento de una nueva idea para un poema. Las tres estrofas parecen girar obsesivamente en torno a ese instante; esta sensación la aporta la anáfora de la palabra “cuando”. La inspiración llega al poeta “en esas horas íntimas de gran recogimiento”, algo que se asemeja a las “tardes pálidas” de “Autumnal”. Como también se parece en que es un momento marcado por la melancolía (“cuando en la mano helada de una tristeza inmensa) y por la oscuridad (“cuando en el gran silencio nocturno se percibe”). En ese estado, el pensamiento se compara al revoloteo

escurridizo de una mariposa (“cuando escuchamos hasta girar agonizante, / en torno de la lampara que alumbra vacilante, / como una mariposa, un vago pensamiento”) y el corazón se acelera de la emoción como el de un pájaro (“como un latir medroso de pájaro asustado”).

En la última estrofa, aparece el elemento fantástico: una voz le da paso para empezar a escribir, la inspiración llega a él definitivamente. A diferencia de lo que pasa en “Autumnal” o “Lustral”, en “Ofertorio” lo fantástico es mucho más sutil y apenas se deja intuir.

Otro ejemplo ya mencionado es el del vino como una ayuda para desencadenar el pensamiento. Es la idea que encontramos en el poema “Introducción” de Eduardo Marquina (Marquina, 1901: 7): “lleno de amor, te encerraré en el cáliz/ de mis amplias estrofas, y tu espuma/ será mi lujo, y tu sabor caliente/ la fuerza de mis versos”.

Como viene siendo una constante en este trabajo, los poemas de Manuel Machado funcionan como una contraparte crítica y desmitificada de la estética modernista. En este apartado no es una excepción. En el poema “Prólogo-epílogo” (Fernández Molina, 1982: 119) podemos leer: “en nuestra buena tierra, la pobre musa llora / por los rincones, como una antigua querida”. La idealización de ese ser mitológico que es la musa se ha perdido y se la llega a comparar con una antigua amante. La musa desciende a los fangos de la vida real y se halla “rodeada de cosas feas y de tristeza/ que hacen huir la rima y el ritmo y la belleza”. Esas cosas feas son las dificultades económicas asociadas a la escritura y la escasa estima que siente la sociedad por la literatura.

El resultado es la crítica de la idea tradicional de inspiración. Se le echa en cara al poeta que sus ideas sobre la inspiración no se correspondían con la realidad. Es una visión que tiene su origen en lo religioso. La creación poética está relacionada con aspectos más vulgares de los que pensamos, como las cuestiones económicas.

En el análisis de estos ocho poemas, hemos visto que en la mayoría de los autores prima una visión sobrenatural y fantástica de la inspiración, en muchas ocasiones personificada en una figura femenina y asociada tanto a elementos positivos como negativos. Es una visión mágica de origen religioso, que es cuestionada en la poesía de Manuel Machado.

2.7. Poemas que hablan sobre la expectativa de significación

En su libro sobre la metapoesía (1993), Leopoldo Sánchez Torre parte de un concepto de la literatura que tiene presente las relaciones que mantienen entre sí texto, lector e intertexto. Esas relaciones suponen la formación de una serie de expectativas que las personas que intervienen en el hecho literario tienen sobre la literatura. Esto significa, por tanto, que la literatura más que propiedades, tiene expectativas, ideas preconcebidas que los lectores tienen sobre el texto literario.

La expectativa más importante es la de ficcionalidad, aquella que establece que todo lo que aparece en una obra literaria es ficción; no es ni verdadero ni falso y no hay que juzgar la obra como tal. Existen otras como la expectativa de originalidad y la expectativa de plurisignificación. En este apartado nos interesa sobre todo la expectativa de significación. Esta expectativa hace referencia a la idea del lector que espera encontrar en la obra literaria algo de valor que pueda enriquecer su mundo. Se espera que el poema, que es lo que nos ocupa en este trabajo, revele rincones desconocidos de nuestro mundo, que nos haga ver verdades ignoradas. Es decir, la obra literaria es siempre una obra de ficción que habla de nuestro mundo. El lector debe construir el sentido de la obra a partir de su conocimiento y los referentes de su realidad.

El objetivo de esta sección es comentar aquellos metapoemas que hablan sobre esta expectativa. Comentar aquellos poemas que hablan sobre la capacidad del poema para revelar eso que se esconde detrás de la realidad y que es ignorado por la sociedad. En total se han seleccionado tres poemas, aunque tal vez se puedan incluir más ejemplos, pues esta idea, descubrir lo misterioso de la realidad, caza muy bien con la estética modernista.

El primero es “Siempre que hundo la mente en libros” (Olivo Jiménez, 1991: 86-87) graves de José Martí. Está constituido por una única estrofa de versos endecasílabos. El poema se puede dividir en dos partes. Una primera en la que podemos ver esa expectativa de significación claramente expresada: “siempre que hundo la mente en libros graves/ la saco con un haz de luz de aurora”. Esa lectura enriquecedora se expresa a través de una metáfora lumínica. La segunda parte la ocupa una larga oración adversativa en la que diferencia ese conocimiento trascendental que ha adquirido con la lectura de otros muchos más vulgares (“no de dioses de altar ni libros viejos/ no de flores de Grecia,

repintadas/ con menjurjes de moda”). El poema termina repitiendo la metáfora lumínica, dando a entender que la obra ilumina la vida del lector: “E inundará de luz, como la aurora”.

El segundo texto es “Ars” de José Asunción Silva (Olivo Jiménez, 1991: 150). El poema está formado por tres estrofas de cinco versos, cuatro de ellos de quince sílabas y el segundo de siete sílabas. Adopta la forma de consejo a los poetas como numerosos poemas incluidos en este trabajo. Para dar el consejo se vale de una metáfora que ocupa todo el texto: “el verso es un vaso santo”. El verso es un recipiente en el que se vierte el contenido del poema. Así el campo semántico que se refiere a los líquidos está muy presente: “bullan hirvientes, burbujas o verted”. Ese contenido que rellena el vaso del verso, como dice el yo poético de Asunción Silva, debe ser “un pensamiento puro”, así como “las flores que en la continua lucha/ ajó del mundo el frío, / recuerdos deliciosos de tiempos que no vuelven”. De este modo se expresa la idea modernista que concibe al poema como una vía del conocimiento de uno mismo a través de los recuerdos. ’

Es en la tercera estrofa donde podemos encontrar esa reflexión sobre la expectativa de significación: “para que la existencia mísera se embalsame/ cual de una esencia ignota”. Aquí la encontramos unida a la idea de que la poesía sirve de consuelo a quienes la disfrutan.

El último ejemplo es “El cisne” de Delmira Agustini (Olivo Jiménez, 1991: 450). En este poema, el yo poético se imagina un estanque con un cisne que es capaz de revelar su ser más íntimo; ese estanque se relaciona con la página de un libro: “tan claro que a veces creo/ que en su cristalina página/ se imprime mi pensamiento”. Página del libro de poesía como ese estanque es capaz de entregarnos una imagen nítida sobre nosotros mismos. Esa es la expectativa de significación que tiene el yo poético de Agustini cuando lee o escribe un poema.

El poema empieza y termina con esta idea, mientras que el grueso del poema lo ocupa el cisne, uno de los símbolos más representativos de la poesía modernista. El cisne es símbolo de la belleza, sensualidad, la espiritualidad o la interrogación por la existencia. En el poema podemos ver una descripción detallada de ese cisne “alma del lago”: la belleza (“y orgulloso, y la blancura/ y la suavidad de un cisne...”), “tiene un maléfico encanto”, la sensualidad (“del rubí de la lujuria/ su testa está coronada”). Ese cisne es

capaz de comprender el alma de la voz poética: “pero en su carne me habla/ y yo en mi carne le entiendo”.

Estos tres poemas han servido para retratar cómo concibe el lector el poema y qué espera de él. El concepto de expectativa nos ayuda a entender el texto literario inmerso en un contexto social determinado, nos ayuda a comprender a qué llaman sus lectores literatura y qué buscan en ella.

2.8. Crítica y parodia de los tópicos del Modernismo

Esta sección tiene como objetivo estudiar tres poemas en los que se critica, según estos autores, ciertos excesos de la estética modernista. Estos poemas son de José Asunción Silva, Miguel de Unamuno y Juan Ramón Jiménez. Algunas opiniones críticas ya fueron mencionadas en el apartado “poemas en los que el autor expone su poética y la evolución de su evolución”. Por ejemplo, en el caso del poema “Versos sencillos” de José Martí.

El poema de José Asunción Silva se titula “Sinfonía de fresas en leche” (Olivo Jiménez, 1991: 165). En él se parodia el estilo típicamente modernista, que tiene en Rubén Darío su ejemplo a seguir: “¡estos son los caóticos versos mirrinos, / esta es la descendencia Rubendariaca”. Ya desde el título es una parodia de la “Sonatina” del poeta nicaragüense. Como el poema de Rubén, también Asunción Silva se dispone a contar la historia de “la princesa verde y el paje Abril”.

A nivel métrico, imita la disposición estrófica y silábica de la sonatina (ocho estrofas formadas por seis versos alejandrinos), pero lo hace desde un giro irónico. Los versos no llegan a ser alejandrinos, tan solo algunos de ellos llegan a tener trece sílabas; y a las estrofas de seis versos se le añade un verso más de cuatro sílabas. Este último verso, con su rima ripiosa, sirve como alivio cómico del carácter enrevesado de las estrofas: “cuando las crisodinas nieblas se ven/ a tutiplén”.

En el nivel morfosintáctico, se concentran la mayoría de los juegos paródicos. Algunos ejemplos podrían ser la invocación inicial (“Rítmica Reina lírica!”) que resulta cacofónica, como también pasa en “policromos cromos”; construcciones arcaizantes como “es bizantino esmalte do irisa el rayo”; las abundantes referencias mitológicas (se

menciona a Helios, Venus u Orion); inventa palabras como “crisodinas”; se burla de esa abundante adjetivación (prácticamente no hay un solo nombre sin su adjetivo, adjetivos que suenan típicamente modernistas); o juegos de palabras (“y vuelan entelechias y tiquismiquis/ de corales, tritones, memos y momos”).

El poema está criticando esa vía preciosista, tal vez demasiado preocupada por lo formal y la musicalidad del poema. Mientras que la historia que está contando *Sinfonía de fresas en leche* es solo un galimatías del que muy poco podemos extraer.

El segundo poema se denomina “A la corte de los poetas” (Unamuno, 1997: 76) de Miguel de Unamuno. A lo largo de diez estrofas, formadas cada una de ellas por cuatro versos (tres endecasílabos y un verso de cinco sílabas), retrata a los poetas modernistas como una corte de ranas. Una vez más estamos ante una parodia que se burla de ciertos vicios de estos poetas. El poema se refiere a ellos en muy malos términos: se dedican a cantar (“croar”, un canto estruendoso y sin sentido, por lo tanto) en una “charca muerta” y se les tacha de ramplones por medio de la hipérbole (“Se masca como gas de los pantanos/ ramplonería”). También se habla de los renacuajos, los jóvenes aspirantes a poeta, que, una vez crecidos, son incapaces de abandonar el lugar: “no les tienta el volar/ saltan a gusto”.

Es muy duro y directo con sus ataques: “¿es que les mueve en su cantar furioso/ la sed de gloria?” o “¡Oh imbéciles cantores de la charca, / croad, papad, tomad el sol estivo”. Así la poesía modernista queda representada como un canto vacuo, estéril y preocupado por la fama.

El último poema es de Juan Ramón Jiménez, el XXI (Jiménez, 1985: 63). Es un poema sencillo y breve formado por dos cuartetos. En él se da una serie de consejos a los poetas. Se vuelve a criticar, de la misma manera que en los poemas anteriores, esa vía más estruendosa del Modernismo: “abandona, poeta, la loca pandereta/ y el tambor, que te han dado tanto alegre estribillo...”. En contra de la algarabía inconsciente de la pandereta, la melancolía y el recuerdo, es decir, la introspección, el conocimiento de uno mismo a partir del recuerdo. Pero también la importancia de la atención del paisaje como un medio para representar la vida interior del poeta: “mira, el otoño piensa su elegía violeta/ y aleja por el cielo un recuerdo amarillo” o “y que el lamento sea a tu melancolía/ lo que el color del llanto al horizonte triste”.

2.9. La lectora

Este último apartado estaba reservado para dos casos curiosos, dos poemas en los que el tema central es la mujer lectora y cómo la lectura acompañan sus días. Esos textos son “La amada hace encaje de bolillos” (1912: 61-64) de Gregorio Martínez Sierra y “Leyendo a Silva” de Guillermo Valencia (Olivo Jiménez, 1991: 306-312).

El primero está incluido en el libro *La casa de la primavera* (Martínez Sierra, 1912), un poemario en el que habla de la casa y la vida cotidiana y familiar. Este poema se centra en cómo la poesía ameniza las labores de la mujer. Empieza con un diálogo que rápidamente se convierte en un monólogo de una voz femenina. Ya en el diálogo se establece la comparación que ocupa gran parte del texto: la poesía es parecida a la actividad de tejer. Mas adelante esa voz dice: “para ser encajera/ concienzuda y artista, / hay que tener erudición poética. / Yo aprendo en los sonetos de Petrarca/ a tejer más perfectas/ las rosas de mi encaje”.

Por una parte, está la referencia clásica y mitológica: Penélope, junto a Aracne (“labor de araña...”), es la tejedora por excelencia de la antigüedad. Ella espera el regreso de su marido Ulises y retrasa su compromiso con otro noble de Ítaca por medio del “encaje de bolillos”. Y por otra, esta es una de las actividades tradicionalmente asociadas a la feminidad en el pasado, y todavía en el siglo XX este prejuicio seguía manteniéndose.

Esto es lo que convierte a este texto en un ejemplo muy interesante porque nos habla de cómo la lectura, en este caso de poesía, entretenía a las mujeres en las labores de su día a día. Un trabajo en la mayoría de los casos rutinario, esclavo y no reconocido: “van tejiendo con el hilo y la seda/ sobre el fondo del tedio cotidiano/ las alamas de mujer, siempre en espera”. Aparece la mujer condenada en la intimidad de la casa a la espera de la llegada de los hombres, aquellos que sí podían moverse libremente por el espacio público: “y tenerse que estar la vida entera/ sentadita a la orilla del camino, / engañando las horas con la rueca, / esperando a que pase el caballero/ que viene de vencer a la quimera/ y busca el premio de unos dulces ojos...”.

El segundo poema es obra de Guillermo Valencia. Es el más largo de la antología y está constituido por una larga tirada de pareados alejandrinos. El tema principal es la descripción de una mujer que está leyendo un libro de poemas. En su descripción, la voz poética no escatima en detalles: nos habla de los atributos de esa mujer e incluso cómo

está vestida (“la dama del recamado viso/ en voluptuosos pliegues de color indeciso”), lo que imagina, las ilustraciones del libro, qué está leyendo, etc.

El texto dedica numerosos versos a hablar de las ilustraciones que ayudan a describir el contenido de ese “libro de poemas delicioso y amargo” que lee la mujer: una espada, una dama gótica, hadas tristes. Menciona la métrica y la musicalidad, asunto de gran relevancia en el poema modernista como ya se ha dicho anteriormente en este trabajo. También se dice que por esos versos “cruzaban en silencio figuras de mujeres/ que vivieron sus vidas, invioladas y solas”. Son por lo tanto versos con los que la lectora puede sentirse identificada o puede encontrar modelos de feminidad no hegemónicos.

En la segunda parte del poema, se describe una de esas historias que la mujer está leyendo en el libro de poemas. Con esto se iniciaría un segundo nivel de narración; se nos está relatando un poema dentro de otro poema. Es una historia que la mujer lee implicándose sentimentalmente: “pasemos esta doliente hoja/ que mi ser atormenta, que mi sueño acongoja”. Más adelante podemos conocer las sensaciones y las ideas que le inducen la lectura: “y se quedó pensando en la amargura/ que acendran muchas almas”. Y también: “pensó mucho: sus páginas suelen robar la calma; / sintió mucho: sus versos saben partir el alma”. Sentimiento y pensamiento se ven unidos en la lectura atenta de la mujer.

Lo que lee la protagonista son poemas típicamente modernistas, pues en ellos encuentra “los perfumes de Oriente, los vividos rubíes/ y los joyeros mórbidos de sedas carmesíes”. Es ese sincretismo sensorial tan definitorio de la estética del fin de siglo.

También se describe al poeta autor de esos versos, definido como un ser amargo y atormentado. Son las ideas sobre el poeta que ya hemos comentado: el poeta como un visionario o un profeta (“¡oh místico sediento que en el raudal te lanzas!”), el gusto por lo exótico (“para gustar lo exótico, que el ánimo idolatra, / esconder entre flores el áspid de Cleopatra”) o el ansia de recelar el alma de las cosas (“querer sentirlo, verlo y adivinarlo todo”).

Históricamente las mujeres han sido y todavía siguen siendo el público principal de la literatura. A pesar de que su escritura estaba invisibilizada y hasta el siglo XIX no encontramos autoras con un éxito editorial considerable, las mujeres mayoritariamente leen más que los hombres. Por esta razón, estos dos textos que hablan sobre mujeres lectoras tienen un especial interés.

3. Conclusiones

En la introducción a este trabajo, apuntábamos a que detrás de la escritura de la metapoésía a finales del siglo XIX estaba la conciencia de que se estaba produciendo una crisis en el discurso poético, de que era necesario encontrar nuevas formas de nombrar las cosas. La poesía siempre está a la zaga de aquellas palabras, acordes con los nuevos tiempos, que puedan aprehender la verdadera esencia del mundo.

Ese deseo atraviesa toda la estética modernista. La crisis del discurso poético coincide con la crisis en otras áreas del pensamiento, en la sociedad del momento o en la religión; por lo que el poeta busca incansablemente el ideal y la belleza, busca una transcendencia que no podía encontrar en ese mundo excesivamente materialista. La poesía trata de captar el alma de las cosas, así como el verdadero ser del poeta.

El poeta es el personaje idóneo para esta misión. Desde su marginalidad, asumida con orgullo, se convierte en un profeta, un ser inspirado por la divinidad y las musas, con el poder de aprehender el ser de las cosas. Así como reconciliar aquello que estaba separado; él conjura los opuestos, sabe del cielo y el infierno.

Para cumplir su trabajo se vale de una poesía que concede una importancia capital al ritmo y en la capacidad de sugestiva del poema. Como vimos, esto enlazaría muy bien con la larga tradición de las teorías ilusionistas, aquellas que defienden el poder mágico y atrayente del texto literario.

Toda esta búsqueda que mueve al poeta se traduce en una gran desconfianza de la capacidad comunicativa del lenguaje. Es ya un adelanto de la crítica radical que se hará en el siglo XX al lenguaje y al discurso poético. Se cuestiona el lenguaje por lo que las palabras deben ser sutilizadas, trabajadas, pulidas, deben estar entrecortadas por puntos suspensivos y debe haber una referencia constante a los cinco sentidos.

Por último, me gustaría llamar la atención sobre la importancia del metapoema, ya no solo para el poeta como forma de estudio de la materia que trabaja, sino también para los lectores y estudiantes. El comentario en clase de estos poemas puede ayudar a

que los estudiantes entiendan mejor, en el caso que nos ocupa, qué es el Modernismo y qué entendían como tal los propios poetas.

4. Bibliografía

- Aristides, César (2002), *El cisne en la sombra. Antología de poesía modernista*, México, Alfaguara.
- Diez-Canedo, Enrique (1906), *Versos de las horas*, Madrid, Imprenta Ibérica.
- Diez-Canedo, Enrique (1910), *La sombra del ensueño*, Madrid, Garnier Hnos.
- Fernández Molina, Antonio (1982), *Antología de la poesía modernista*, Madrid, Ediciones Júcar.
- Machado, Antonio (1975), *Poesías completas*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Machado, Manuel (1966), *Antología*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Machado, Manuel (2000), *Alma, Caprichos, El mal poema*, Madrid, Ediciones Castalia.
- Marquina, Eduardo (1901), *Las vendimias. Primer poema geórgico*, Madrid, Editorial F. Seix.
- Martínez Sierra (1912), *La casa de la primavera*, Madrid, Renacimiento.
- Martínez Sierra (1921), *El poema del trabajo. Diálogos fantásticos. Flores de escarcha*, Madrid, Editorial Saturnino Calleja.
- Olivo Jiménez, Jesús (1994), *Antología crítica de la poesía hispanoamericana*, Madrid, Hiperión.
- Pérez Parejo, Ramón (2007), *Metapoesía y ficción: claves de una renovación poética (generación de los 50 - novísimos)*, Madrid, Visor.
- Reina, Manuel (1894), *La vida inquieta*, Madrid, Librería de Fernando Fe.
- Sánchez Torre, Leopoldo (1993), *La poesía en el espejo del poema. La práctica metapoética en la poesía española del siglo XX*, Oviedo, Departamento de Filología española de la universidad de Oviedo.
- Segovia, Ángela (2021), *Mi paese salvaje*, Segovia, Ediciones La uña rota.
- Unamuno, Miguel De (1911), *Rosario de sonetos líricos*, Madrid, Imprenta española.
- Unamuno, Miguel De (1997), *Poesías*, Madrid, Cátedra.
- Unamuno, Miguel De (2002), *Obras completas V*, Madrid, Fundación José Antonio de Castro.
- Unamuno, Miguel De (2017), *Teresa: rimas de un poeta desconocido*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcnw1j2>

Villaespesa, Francisco (1954), *Poesías completas*, Madrid, Ediciones Aguilar.

Jiménez, Juan Ramón (1985), *Antología poética*, Madrid, Biblioteca Edaf.

5. Anexo

Renacimiento, Francisco Villaespesa

El ritmo, el gran rebelde, me rinde vasallaje,
y cuando quiero ríe, y cuando quiero vuela,
y he domado a mi estilo como a un potro salvaje,
a veces con el látigo y a veces con la espuela.

Conozco los secretos del alma del paisaje,
y sé lo que entristece, y sé lo que consuela,
y el viento traicionero y el bárbaro oleaje
conocen la invencible firmeza de mi vela.

Amo los lirios místicos y las rosas carnales,
la luz y las tinieblas, la pena y la alegría,
los ayes de las víctimas y los himnos triunfales.

Y es el eterno y único ensueño de mi estilo
la encarnación del alma cristiana de María
en el mármol pagano de la Venus de Milo.

“DE MI CARTERA”, Antonio Machado

I

Ni mármol duro y eterno,
ni música ni pintura,
sino palabra en el tiempo.

II

Canto y cuento es la poesía.

Se canta una viva historia,
contando su melodía.

III

Crea el alma sus riberas;
montes de ceniza y plomo,
sotillos de primavera.

IV

Toda la imaginería
que no ha brotado del río,
barata bisutería.

V

Prefiere la rima pobre,
la asonancia indefinida.
Cuando nada cuenta el canto,
acaso huelga la rima.

VI

Verso libre, verso libre...
Líbrate, mejor del verso
Cuando te esclavice.

VII

La rima verbal y pobre,
y temporal, es la rica.
El adjetivo y el nombre,
remansos del aguas limpia,
son accidentes del verbo
en la gramática lírica,
del Hoy que será Mañana,
del Ayer que es Todavía.

Ritmo soñado, Manuel González Prada

(Reproducción bárbara del metro alkmánico)

Sueño con ritmos domados al yugo de rígido acento,
Libres del rudo carcán de la rima.

Ritmos sedosos que afloren la idea, cual plumas de un cisne
Rozan el agua tranquila de un lago.

Ritmos que arrullen con fuentes y ríos, y en el sol de apoteosis
Vuelen con alas de nube y alondra.

Ritmos que encierren dulzor de pañales, susurro de abejas,
Juego de auroras y nieve de ocasos.

Ritmos que en griego crisol atesoran sonrojos de virgen,
Leche de lirios y sangre de rosas.

Ritmos, oh amada, que envuelven tu pecho, cual lianas tupidas
Cubren de verdes cadenas al árbol.

Un poema, José Asunción Silva

Soñaba en ese entonces en forjar un poema,
de arte nervioso y nueva obra audaz y suprema.

Escogí entre un asunto grotesco y otro trágico,
llamé a todos los ritmos con un conjuro mágico,

y los ritmos indóciles vinieron acercándose,
juntándose en las sombras, huyéndose y buscándose;

ritmos sonoros, ritmos potentes, ritmos graves,
unos cual choques de armas, otros cual cantos de aves.

De Oriente hasta Occidente, desde el Sur hasta el Norte,
de metros y de formas se presentó la corte.

Tascando frenos áureos bajo las riendas frágiles
cruzaron los tercetos, como corceles ágiles;

abriéndose ancho paso por entre aquella grey

vestido de oro y púrpura llegó el soneto rey,

y allí cantaron todos... entre la algarabía,

me fascinó el espíritu, por su coquetería,

alguna estrofa aguda que excitó mi deseo,

con el retintín claro de su campanilleo.

Y la escogí entre todas... Por regalo nupcial

le di unas rimas ricas, de plata y de cristal.

En ella conté un cuento, que huyendo lo servil

tomó un carácter trágico, fantástico y sutil:

era la historia triste, desprestigiada y cierta,

de una mujer hermosa, idolatrada y muerta;

y para que sintieran la amargura, exprofeso,

junté sílabas dulces como el sabor de un beso;

bordé las frases de oro, les di música extraña

como de mandolinas que un laúd acompaña;

dejé en una luz vaga las hondas lejanías,

llenas de nieblas húmedas y de melancolías;

y por el fondo oscuro, como en mundana fiesta,
cruzan ágiles máscaras al compás de la orquesta,

envueltas en palabras que ocultan como un velo,
y con caretas negras de raso y terciopelo;

cruzar hice en el fondo las vagas sugerencias
de sentimientos místicos y humanas tentaciones...

Complacido en mis versos, con orgullo de artista,
les di olor de heliotropos y color de amatista...

Le mostré mi poema a un crítico estupendo...
y lo leyó seis veces y me dijo... «¡No entiendo!»

Ama tu ritmo..., Rubén Darío

Ama tu ritmo y ritma tus acciones
bajo su ley, así como tus versos;
eres un universo de universos
y tu alma una fuente de canciones.

La celeste unidad que presupones
hará brotar en ti mundos diversos,
y al resonar tus números dispersos
pitagoriza en tus constelaciones.

Escucha la retórica divina

del pájaro del aire y la nocturna
irradiación geométrica adivina;

mata la indiferencia taciturna
y engarza perla y perla cristalina
en donde la verdad vuelca su urna.

A media voz, Enrique Díez Canedo

Para que suavemente vibren en tus oídos
Quiero rimar mis versos con asonancias sordas;
Buscar semivelados acordes y pianísimos,
Desnudar las ideas, enrarecer las formas;

Sutilizarlas tanto que, tenues, las palabras
Transparentes se tornen como velos nupciales
Si conseguir no pueden la limpidez del agua;
Como el agua, si no pueden ser como el aire.

Y entrecortarlas con silencios prolongados
Para saborear todo su encanto íntimo:
Silencios clamorosos, que serán como espacios
Llenos por las miradas de puntos suspensivos.

Así podré quizá decirte mis eternas
Ansias de ti, mis hondas ternuras inefables,
Sin diluirlas en las palabras pequeñas;

Conseguir que a tu alma desde la mía pasen

Como pasa esta música de no sé qué piano

Que a nosotros, lejana, viene de no sé dónde,

Perdida... Nos parece que, oyéndola, escuchamos

El latir del inmenso corazón de la noche...

A la rima, Miguel de Unamuno

Macizas ruedas en pesado carro,

al eje fijas, rechinante rima,

¡con qué trabajo llegas a la cima

si al piso se te pone algún guijarro!

Al tosco buey, que no al corcel bizarro,

el peso bruto de tu lanza oprima

pues al buey sólo tu chirrido anima

cuando en piedras te atascas o en el barro.

Mas en tanto no quede, sin maraña,

la selva, como el mar, toda camino,

tira, noble corcel, de ese armatoste,

pues más te vale la coyunda extraña

no siendo aún la libertad tu sino,

que estarte en el establo atado a un poste.

Miguel de Unamuno

¿Que de qué sirve la rima?

Unas veces de tarima

para alzarse; ya de lima;

cabos sueltos enracima;

ya nos eleva a la cima;

ya nos sumerge en la sima;

si hay poema que redima,

muchos más hay en que gima;

encadenada si mima

la vacuidad, mas si anima

a hurgar en la lengua opima

al vagabundear oprima,

que al fin nos encauza y prima

mejor libertad. Estima

lo que ley de forma ultima.

Quien a buen árbol se arrima...

(Cancionero)

Miguel de Unamuno

Memoria?... escoria, victoria y gloria!

Lo que enseña la rima, Dios divino!

Rima generatriz, fuente de historia;

Que discurra la lengua es nuestro sino

(Cancionero)

Miguel de Unamuno

A ver, qué tienes que decirte? aguarda,
el ritmo mismo te traerá la idea
—duerme en el seno del lenguaje mudo—
busca tan sólo las palabras, ellas
te crearon el alma y al creártela
te hicieron creador; esto es; poeta.

La canción vuela en busca de unas alas
que en el aire y el vuelo le sostengan,
alma sin cuerpo que suspira ansiosa
y se incorpora en carne de la letra.

Y la letra a su vez nace del vuelo
de la canción a la que ansiosa espera,
cuerpo sin alma —es un decir tan sólo
como el del alma sin cuerpo— pues que sueñan.

¿Hace el vuelo las alas o las alas
hacen el vuelo? La cuestión eterna!
cuestión de que el lenguaje filosofe,
con la filosofía se haga lengua,
y la lengua badajo que le arranque
al corazón su grito de protesta.

Protesta que es saludo y amenaza,
súplica, rezo, insulto, adiós y queja;
queja que es a la vez una pregunta
que se duele de no encontrar respuesta.
Y déjalo, que seguirás mañana,
y en un mañana que aunque pasa, queda...

Credo poético, Miguel de Unamuno

Piensa el sentimiento, siente el pensamiento;
que tus cantos tengan nidos en la tierra,
y que cuando en vuelo a los cielos suban
tras las nubes no se pierdan.

Peso necesitan, en las alas peso,
la columna de humo se disipa entera,
algo que no es música es la poesía,
la pesada sólo queda.

Lo pensado es, no lo dudes, lo sentido.
¿Sentimiento puro? Quien en ello crea,
de la fuente del sentir nunca ha llegado
a la vida y honda vena.

No te cuides en exceso del ropaje,
de escultor, no de sastre es tu tarea,
no te olvides de que nunca más hermosa
que desnuda está la idea.

No el que un alma encarna en carne, ten presente,
no el que forma da a la idea es el poeta
sino que es el que alma encuentra tras la carne,
tras la forma encuentra idea.

De las fórmulas la broza es lo que hace
que nos vele la verdad, torpe, la ciencia;
la desnudas con tus manos y tus ojos
gozarán de su belleza.

Busca líneas de desnudo, que aunque trates
de envolvernos en lo vago de la niebla,
aun la niebla tiene líneas y se esculpe;
ten, pues, ojo, no las pierdas.

Que tus cantos sean cantos esculpidos,
ancla en tierra mientras tanto que se elevan,
el lenguaje es ante todo pensamiento,
y es pensada su belleza.

Sujetemos en verdades del espíritu
las entrañas de las formas pasajeras,
que la Idea reine en todo soberana;
esculpamos, pues, la niebla.

Denso, denso, Miguel de Unamuno

Mira, amigo, cuando libres

Al mundo tu pensamiento,

Cuida que sea ante todo

Denso, denso.

Y cuando sueltes la espita

Que cierra tu pensamiento,

Que en tus cantos este mane

Denso, denso.

Y el vaso en que nos escancies

De tu sentir los anhelos,

De tu pensar los cuidados,

Denso, denso.

Mira que es largo el camino

Y corto, muy corto, el tiempo,

Parar en cada posada

No podemos

Dinos en pocas palabras

Y sin parar el sendero,

Lo más que decir se pueda,

Denso, denso.

Con la hebra recia del ritmo
Hebrosos queden tus versos,
Sin grasa, con carne prieta,
Densos, densos.

Poética, José Martí

La verdad quiere cetro. El verso mío
Puede, cual paje amable, ir por lujosas
Salas, de aroma vario y luces ricas,
Temblando enamorado en el cortejo
De una ilustre princesa o gratas nieves
Repartiendo a las damas. De espadines
Sabe mi verso, y de jubón violeta
Y toca rubia, y calza acuchillada.
Sabe de vinos tibios y de amores
Mi verso montaraz; pero el silencio
Del verdadero amor, y la espesura
De la selva prolífica prefiere:
Cuál gusta del canario, cuál del águila!

V, Versos sencillos de José Martí

Si ves un monte de espumas,
Es mi verso lo que ves:
Mi verso es un monte, y es
Un abanico de plumas.

Mi verso es como un puñal

Que por el puño echa flor:

Mi verso es un surtidor

Que da un agua de coral.

Mi verso es de un verde claro

Y de un carmín encendido:

Mi verso es un ciervo herido

Que busca en el monte amparo.

Mi verso al valiente agrada:

Mi verso, breve y sincero,

Es del vigor del acero

Con que se funde la espada.

Yo soy aquel que ayer no más decía, Rubén Darío

Yo soy aquél que ayer no más decía

el verso azul y la canción profana,

en cuya noche un ruiseñor había

que era alondra de luz por la mañana.

El dueño fui de mi jardín de sueño,

lleno de rosas y de cisnes vagos;

el dueño de las tórtolas, el dueño

de góndolas y liras en los lagos;

y muy siglo diez y ocho y muy antiguo

y muy moderno; audaz, cosmopolita;
con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo,
y una sed de ilusiones infinita.

Yo supe de dolor desde mi infancia,
mi juventud... ¿fue juventud la mía?
Sus rosas aun me dejan su fragancia...
una fragancia de melancolía...

Potro sin freno se lanzó mi instinto,
mi juventud montó potro sin freno;
iba embriagada y con puñal al cinto;
si no cayó, fue porque Dios es bueno.

En mi jardín se vio una estatua bella;
se juzgó mármol y era carne viva;
una alma joven habitaba en ella,
sentimental, sensible, sensitiva.

Y tímida ante el mundo, de manera
que encerrada en silencio no salía,
sino cuando en la dulce primavera
era la hora de la melodía...

Hora de ocaso y de discreto beso;
hora crepuscular y de retiro;

hora de madrigal y de embeleso,
de «te adoro», de «¡ay!» y de suspiro.

Y entonces era en la dulzaina un juego
de misteriosas gamas cristalinas,
un renovar de notas del Pan griego
y un desgranar de músicas latinas.

Con aire tal y con ardor tan vivo,
que a la estatua nacían de repente
en el muslo viril patas de chivo
y dos cuernos de sátiro en la frente.

Como la Galatea gongorina
me encantó la marquesa verleniana,
y así juntaba a la pasión divina
una sensual hiperestesia humana;

todo ansia, todo ardor, sensación pura
y vigor natural; y sin falsía,
y sin comedia y sin literatura...:
si hay una alma sincera, ésa es la mía.

La torre de marfil tentó mi anhelo;
quise encerrarme dentro de mí mismo,
y tuve hambre de espacio y sed de cielo

desde las sombras de mi propio abismo.

Como la esponja que la sal satura
en el jugo del mar, fue el dulce y tierno
corazón mío, henchido de amargura
por el mundo, la carne y el infierno.

Mas, por gracia de Dios, en mi conciencia
el Bien supo elegir la mejor parte;
y si hubo áspera hiel en mi existencia,
melificó toda acritud el Arte.

Mi intelecto libré de pensar bajo,
bañó el agua castalia el alma mía,
peregrinó mi corazón y trajo
de la sagrada selva la armonía.

¡Oh, la selva sagrada! ¡Oh, la profunda
emanación del corazón divino
de la sagrada selva! ¡Oh, la fecunda
fuente cuya virtud vence al destino!

Bosque ideal que lo real complica,
allí el cuerpo arde y vive y Psiquis vuela;
mientras abajo el sátiro fornicar,
ebria de azul deslíe Filomela.

Perla de ensueño y música amorosa
en la cúpula en flor del laurel verde,
Hipsipila sutil liba en la rosa,
y la boca del fauno el pezón muerde.

Allí va el dios en celo tras la hembra,
y la caña de Pan se alza del lodo;
la eterna vida sus semillas siembra,
y brota la armonía del gran Todo.

El alma que entra allí debe ir desnuda,
temblando de deseo y fiebre santa,
sobre cardo heridor y espina aguda:
así sueña, así vibra y así canta. V

ida, luz y verdad, tal triple llama
produce la interior llama infinita.

El Arte puro como Cristo exclama:

Ego sum lux et veritas et vita!

Y la vida es misterio, la luz ciega
y la verdad inaccesible asombra;
la adusta perfección jamás se entrega,
y el secreto ideal duerme en la sombra.

Por eso ser sincero es ser potente;
de desnuda que está, brilla la estrella;
el agua dice el alma de la fuente
en la voz de cristal que fluye de ella.

Tal fue mi intento, hacer del alma pura
mía, una estrella, una fuente sonora,
con el horror de la literatura
y loco de crepúsculo y de aurora.

Del crepúsculo azul que da la pauta
que los celestes éxtasis inspira,
bruma y tono menor —¡toda la flauta!,
y Aurora, hija del Sol— ¡toda la lira!

Pasó una piedra que lanzó una honda;
pasó una flecha que aguzó un violento.
La piedra de la honda fue a la onda,
y la fecha del odio fuese al viento.

La virtud está en ser tranquilo y fuerte;
con el fuego interior todo se abrasa;
se triunfa del rencor y de la muerte,
y hacia Belén... ¡la caravana pasa!

Blasón, José Santos Chocano

Soy el cantor de América autóctono y salvaje;
mi lira tiene un alma, mi canto un ideal.

Mi verso no se mece colgado de un ramaje
con un vaivén pausado de hamaca tropical...

Cuando me siento Inca, le rindo vasallaje
al Sol, que me da el cetro de su poder real;
cuando me siento hispano y evoco el Coloniaje,
parecen mis estrofas trompetas de cristal...

Mi fantasía viene de un abolengo moro:
los Andes son de plata, pero el León de oro: y
las dos astas fundo con épico fragor.

La sangre es española e incaico es el latido;
¡y de no ser poeta, quizás yo hubiese sido
un blanco aventurero o un indio emperador!

Troquel, José Santos Chocano

No beberé en las linfas de la castalia fuente,
ni cruzaré los bosques floridos del Parnaso
ni tras las nueve hermanas dirigiré mi paso:
pero, al cantar mis himnos, levantaré la frente.

Mi culto no es el culto de la pasada gente,
ni me es bastante el vuelo solemne del Pegaso:

los trópicos avivan la flama en que me abraso;
y en mis oídos suena la voz de un Continente.

Yo beberé en las aguas de caudalosos ríos;
yo cruzaré otros bosques lozanos y bravíos;
yo buscaré a otra Musa que asombre al Universo.

Yo de una rima frágil haré mi carabela;
me sentaré en la popa; desataré la vela;
y zarparé a las Indias, como un Colón del verso.

Siempre que hundo la mente en libros graves, José Martí

Siempre que hundo la mente en libros graves

La saco con un haz de luz de aurora:

Yo percibo los hilos, la juntura,

La flor del Universo, yo pronuncio

Pronta a nacer una inmortal poesía.

No de dioses de altar ni libros viejos,

No de flores de Grecia, repintadas

Con menjurjes de moda, no con rastros

De rastros, no con lívidos despojos

Se amasará de las edades muertas:

Sino de las entrañas exploradas

Del Universo, surgirá radiante

Con la luz y las gracias de la vida.

Para vencer, combatirá primero:

E inundará de luz, como la aurora.

Ars, José Asunción Silva

El verso es un vaso santo; ¡poned en él tan sólo,
un pensamiento puro,
en cuyo fondo bullan hirvientes las imágenes,
¡como burbujas de oro de un viejo vino oscuro!

Allí verted las flores que en la continua lucha
ajó del mundo el frío,
recuerdos deliciosos de tiempos que no vuelven,
y nardos empapados de gotas de rocío.

Para que la existencia mísera se embalsame
cual de una esencia ignota,
quemándose en el fuego del alma enternecida,
de aquel supremo bálsamo basta una sola gota.

El cisne, Delmira Agustini

Pupila azul de mi parque
Es el sensitivo espejo
De un lago claro, muy claro!...
Tan claro que a veces creo
Que en su cristalina página
Se imprime mi pensamiento.

Flor del aire, flor del agua,
Alma del lago es un cisne
Con dos pupilas humanas,
Grave y gentil como un príncipe;
Alas lirio, remos rosa...
Pico en fuego, cuello triste
Y orgulloso, y la blancura
Y la suavidad de un cisne...

El ave cándida y grave
Tiene un maléfico encanto;
—Clavel vestido de lirio,
Trasciende a llama y milagro!...
Sus alas blancas me turban
Como dos cálidos brazos;
Ningunos labios ardieron
Como su pico en mis manos;
Ninguna testa ha caído
Tan lánguida en mi regazo;
Ninguna carne tan viva
He padecido o gozado:
Viborean en sus venas
Filtros dos veces humanos!

Del rubí de la lujuria
Su testa está coronada:

Y va arrastrando el deseo

En una cauda rosada...

Agua le doy en mis manos

Y él parece beber fuego;

Y yo parezco ofrecerle

Todo el vaso de mi cuerpo...

Y vive tanto en mis sueños,

Y ahonda tanto en mi carne,

Que a veces pienso si el cisne

Con sus dos alas fugaces,

Sus raros ojos humanos

Y el rojo pico quemante,

Es sólo un cisne en mi lago

O es en mi vida un amante...

Al margen del lago claro

Yo le interrogo en silencio...

Y el silencio es una rosa

Sobre su pico de fuego...

Pero en su carne me habla

Y yo en mi carne le entiendo.

—A veces ¡toda! soy alma;

Y a veces ¡toda! soy cuerpo.—

Hunde el pico en mi regazo

Y se queda como muerto...
Y en la cristalina página,
En el sensitivo espejo
Del lago que algunas veces
Refleja mi pensamiento,
El cisne asusta de rojo,
Y yo de blanca doy miedo

Non omnis moriar, Gutiérrez Nájera

¡No moriré del todo, amiga mía!
De mi ondulante espíritu disperso,
algo en la urna diáfana del verso,
piadosa guardará la poesía.

¡No moriré del todo! Cuando herido
caiga a los golpes del dolor humano,
ligera tú, del campo entenebrido
levantarás al moribundo hermano.

Tal vez entonces por la boca inerte
que muda aspira la infinita calma,
oigas la voz de todo lo que duerme
¡con los ojos abiertos en mi alma!

Hondos recuerdos de fugaces días,
ternezas tristes que suspiran solas;

pálidas, enfermizas alegrías
sollozando al compás de las violas...

Todo lo que medroso oculta el hombre
se escapará, vibrante, del poeta,
en áureo ritmo de oración secreta
que invoque en cada cláusula tu nombre.

Y acaso adviertas que de modo extraño
suenan mis versos en tu oído atento,
y en el cristal, que con mi soplo empañó,
mires aparecer mi pensamiento.

Al ver entonces lo que yo soñaba,
dirás de mi errabunda poesía:
era triste, vulgar lo que cantaba...
¡mas qué canción tan bella la que oía!

Y porque alzo en tu recuerdo notas
del coro universal, vivido y almo;
y porque brillan lágrimas ignotas
en el amargo cáliz de mi salmo;

porque existe la Santa Poesía
y en ella irradas tú, mientras disperso
átomo de mi ser esconda el verso,

¡no moriré del todo, amiga mía!

¡Torres de Dios! ¡Poetas!, Rubén Darío

¡Torres de Dios! ¡Poetas!

¡Pararrayos celestes,

que resistís las duras tempestades,

como crestas escuetas,

como picos agrestes,

rompeolas de las eternidades!

La mágica esperanza anuncia un día

en que sobre la roca de armonía

expirará la pérfida sirena.

¡Esperad, esperemos todavía!

Esperad todavía

El bestial elemento se solaza

en el odio a la sacra poesía

y se arroja baldón de raza a raza.

La insurrección de abajo tiende

a los Excelentes.

El caníbal codicia su tasajo

con roja encía y afilados dientes.

Torres, poned al pabellón sonrisa.

Poned ante ese mal y ese recelo
una soberbia insinuación de brisa
y una tranquilidad de mar y cielo...

A Juan Ramón Jiménez

Atrio, Rubén Darío

¿Tienes, joven amigo, ceñida la coraza
para empezar, valiente, la divina pelea?
¿Has visto si resiste el metal de tu idea
la furia del mandoble y el peso de la maza?

¿Te sientes con la sangre de la celeste raza
que vida con los números pitagóricos crea?
¿Y, como el fuerte Herakles al león de Nemea,
a los sangrientos tigres del mal darías caza?

¿Te entornece el azul de una noche tranquila?
¿Escuchas pensativo el sonar de la esquila
cuando el Angelus dice el alma de la tarde?...

¿Tu corazón las voces ocultas interpreta?
Sigue, entonces, tu rumbo de amor. Eres poeta.
La belleza te cubra de luz y Dios te guarde.

A Amado Nervo, Rubén Darío

La tortuga de oro camina por la alfombra
y traza por la alfombra un misterioso estigma;
sobre su carapacho hay grabado un enigma
y un círculo enigmático se dibuja en su sombra.

Esos signos nos dicen al Dios que no se nombra
y ponen en nosotros su autoritario estigma:
ese círculo encierra la clave del enigma
que a Minotauro mata y a la Medusa asombra.

Ramo de sueños, mazo de ideas florecidas
en explosión de cantos y en floración de vidas,
sois mi pecho suave, mi pensamiento parco.

Y cuando hayan pasado las sedas de la fiesta,
decidme los sutiles efluvios de la orquesta
y lo que está suspenso entre el violín y el arco.

La legión sagrada, Manuel Reina

I

Espléndida legión de paladines

Cruza por la ancha vía;

Resuenan en los aires sus clarines

Con mágica armonía.

Alados son sus ágiles corceles

De crines desatadas;
 Bajo lluvia de flores y laureles
 Relumbran sus espadas.

A la lid va el ejercito brillante
 Con noble gentileza
 Luciendo esta divisa fulgurante:
 “ideal y belleza”.

II

Libraron cien combates ardorosos
 Los paladines bravos
 Con fieros enemigos numerosos
 De la ignorancia esclavos.
 La sagrada legión su fe indomable
 Mostró en la lucha airada,
 Siendo por su contrario formidable
 Al cabo derrotada.
 Vencidos, los gallados paladines
 Vuelven por la ancha vía.
 ¡Mas siguen resonando sus clarines
 Con mágica armonía!

La estatua, Manuel Reina

En medio del jardín yérguese altiva
 En riquísimo mármol cincelada
 La figura de un Dios de ojos serenos,

Cabeza varonil y formas clásicas.
En el invierno la punzante nieve
Y el viento azotan la soberbia estatua;
Pero ésta, en su actitud nobel y severa,
Sigue en el pedestal, augusta, impávida.
En la primavera el áureo sol le ofrece
Un manto de brocado; las arpadas
Aves con sus endechas la saludan;
Los árboles le tejen con sus ramas
Verde dosel; el cristalino estanque
La refleja en sus ondas azuladas,
Y los astros colocan en su frente
Una diadema de bruñida plata.
Mas la estatua impasible está en su puesto,
Sin cambiar la actitud ni la mirada.

¡Así el genio inmortal, dios de la tierra,
Siempre blanco de envidias o alabanzas,
Impávido, sereno y arrogante,
Sobre las muchedumbres se levanta!

Enrique González Martínez

En mármoles pentélicos, en bloques de obsidiana
o en bronces de Corinto esculpe tu presea,
el orto de Afrodita, el triunfo de Frinea
o un lance cinegético de las ninfas de Diana.

No importa que ante el símbolo de tu visión pagana
se abata o regocije la turba que vocea;
dales forma a tus ansias, cristaliza tu idea
y aguarda altivamente una aurora lejana.

Que un sagrado silencio del bullicio te aparte;
enciérrate en los muros del recinto del arte
y tu idea repule titánico o pequeño;

sírvate la belleza de coraza y escudo,
y sordo ante el aplauso y ante la befa mudo,
envuélvete en la nube prestigiosa del sueño.

Irás siempre sobre la vida de las cosas...

Irás sobre la vida de las cosas
con noble lentitud; que todo lleve
a tu sensorio luz: blancor de nieve,
azul de língas o rubor de rosas.

Que todo deje en ti como una huella
misteriosa grabada intensamente;
lo mismo el soliloquio de la fuente
que el flébil parpadeo de la estrella.

Que asciendas a las cumbres solitarias

y allí, como arpa eólica, te azoten
los borrascosos vientos, y que broten
de tus cuerdas rugidos y plegarias.

Que esquives lo que ofusca y lo que asombra
al humano redil que abajo queda,
y que afines tu alma hasta que pueda
escuchar el silencio y ver la sombra.

Que te ames en ti mismo, de tal modo
compendiando tu ser cielo y abismo,
que sin desviar los ojos de ti mismo
puedan tus ojos contemplarlo todo.

Y que llegues, por fin, a la escondida
playa con tu minúsculo universo,
y que logres oír tu propio verso
en que palpita el alma de la vida.

Busca en todas las cosas

Busca en todas las cosas un alma y un sentido
oculto; no te ciñas a la apariencia vana;
husmea, sigue el rastro de la verdad arcana,
escudriñante el ojo y aguzado el oído.

No seas como el necio que, al mirar la virgínea

imperfección del mármol que la arcilla aprisiona,
queda sordo a la entraña de la piedra que entona
en recóndito ritmo la canción de la línea.

Ama toda lo grácil de la vida, la calma
de la flor que se mece, el color, el paisaje;
ya sabrás poco a poco descifrar su lenguaje...
¡Oh, divino coloquio de las cosas y el alma!

Hay en todos los seres una blanda sonrisa,
un dolor inefable o un misterio sombrío.
¿Sabes tú si son lágrimas las gotas de rocío?
¿Sabes tú qué secretos va contando la brisa?

Atan hebras sutiles a las cosas distantes;
al acento lejano corresponde otro acento...
¿Sabes tú dónde lleva los suspiros el viento?
¿Sabes tú si son almas las estrellas errantes?

No desdeñes al pájaro de argentina garganta
que se queja en la tarde, que salmodia a la aurora;
es un alma que canta y es un alma que llora...
¡Y sabrá por qué llora y sabrá por qué canta!

Busca en todas las cosas el oculto sentido;
lo hallarás cuando logres comprender su lenguaje;

cuando sientas el alma colosal del paisaje
y los ayes lanzados por el árbol herido...

Mañana los poetas, Enrique González Martínez

Mañana los poetas cantarán en divino
verso que no logramos entonar los de hoy:
nuevas constelaciones darán otro destino
a sus almas inquietas con un nuevo temblor.

Mañana los poetas seguirán su camino
absortos en ignota y extraña floración,
y al oír nuestro canto, con desdén repentino
echarán a los vientos nuestra vieja ilusión.

Y todo será inútil, y todo será en vano;
será el afán de siempre y el idéntico arcano
y la misma tiniebla dentro del corazón.

Y ante la eterna sombra que surge y se retira,
recogerán del polvo la abandonada lira
y cantarán con ella nuestra misma canción.

Los camellos, Guillermo Valencia

Lo triste es así...

Peter Altenberg.

Dos lánguidos camellos, de elásticas cervices,

de verdes ojos claros y piel sedosa y rubia,
los cuellos recogidos, hinchadas las narices,
a grandes pasos miden un arenal de Nubia.

Alzaron la cabeza para orientarse, y luego
el soñoliento avance de sus vellosas piernas
—bajo el rojizo dombo de aquel cénit de fuego—
pararon silenciosos al pie de las cisternas.

Un lustro apenas cargan bajo el azul magnífico,
y ya sus ojos quema la fiebre del tormento:
tal vez leyeron, sabios, borroso jeroglífico
perdido entre las ruinas de infausto monumento.

Vagando taciturnos por la dormida alfombra,
cuando cierra los ojos el moribundo día,
bajo la virgen negra que los llevó en la sombra
copiaron el desfile de la Melancolía...

Son hijos del desierto: prestóles la palmera
un largo cuello móvil que sus vaivenes finge,
y en sus marchitos rostros, que esculpe la Quimera,
¡sopló cansancio eterno la boca de la Esfinge!

Dijeron las Pirámides que el viejo sol rescalda:
«Amamos la fatiga con inquietud secreta...»,

y vieron desde entonces correr sobre una espalda
tallada en carne, viva, su triangular silueta.

Los átomos de oro que el torbellino esparce
quisieron en sus giros ser grácil vestidura,
y unidos en collares por invisible engarce,
vistieron del giboso la escuálida figura.

Todo el fastidio, toda la fiebre, toda el hambre,
la sed sin agua, el yermo sin hembras, los despojos
de caravanas..., huesos en blanquecino enjambre...,
todo en el cerco bulle de sus dolientes ojos.

Ni las sutiles mirras, ni las leonadas pieles,
ni las volubles palmas que riegan sombra amiga,
ni el ruido sonoro de claros cascabeles,
alegran las miradas al rey de la fatiga:

¡Bebed dolor en ellas, flautistas de Bizancio
que amáis pulir en dácilo al son de las cadenas!
¡Sólo esos ojos pueden deciros el cansancio
de un mundo que agoniza sin sangre entre las venas!
¡Oh artistas! ¡Oh camellos de la Llanura vasta
que vais llenando a cuestras el sacro Monolito!
¡Tristes de Esfinge, novios de la Palmera casta!
¡Sólo calmáis vosotros la sed de lo infinito!

¿Qué pueden los ceñudos? ¿Qué logran las melenas
de las zarpadas tribus cuando la sed oprime?
Sólo el poeta es lago sobre este mar de arenas;
sólo su arteria rota la Humanidad redime.

Se pierde ya a lo lejos la errante caravana
dejándome —camello que cabalgó el Excidio...—
¡Cómo buscar sus huellas al sol de la mañana,
entre las olas grises de lóbrego fastidio!

¡No! Buscaré dos ojos que he visto, fuente pura
hoy a mi labio exhausta, y aguardaré paciente
hasta que suelta en hilos de mística dulzura
refresque las entrañas del lírico doliente:

y si a mi lado cruza la sorda muchedumbre,
mientras el vago fondo de esas pupilas miro,
dirá que vio un camello con honda pesadumbre,
mirando silencioso dos fuentes de zafiro...

Nihil, Guillermo Valencia

Es ésta la doliente y escuálida figura
de un ser que hizo en treinta años mayores desatinos
que el mismo don Alonso Quijano, sin molinos
de viento, ni batanes, ni bachiller, ni cura.

Que por huir del vulgo, corrió tras la aventura
del Ideal, y avaro lector de pergaminos,
dedujo de lo estéril de todos los destinos
humanos, el horóscopo de su mala ventura.

Mezclando con sus sueños el rey de los metales,
halló combinaciones tristes, originales
—inútiles al sino del alma desolada—.

Nauta de todo cielo, buzo de todo océano,
como el fakir idiota de un oriente lejano,
sólo repite ahora una palabra: ¡Nada!

Croquis, Guillermo Valencia

Bajo el puente y al pie de la torcida
y angosta callejuela del suburbio,
como un reptil en busca de guarida,
pasa el arroyo turbio...

Mansamente

bajo el arco de recia contextura
que el tiempo afelpa de verdosa lama
sus ondas grises la corriente apura,
y en el borde los ásperos zarzales
prenden sus redes móviles

al canto de los yertos peñascales.

Al rayar de un crepúsculo, el mendigo
que era un loco tal vez, quizá un poeta,
bajo el candil de amarillenta lumbre
que iluminaba su guarida escueta,
lloró mucho...

Con honda pesadumbre
corrió al abismo, se lanzó del puente,
cruzó como un relámpago la altura,
y entre las piedras de la sima oscura
se rompió con estrépito la frente.

Era al amanecer. En el vacío
temblaba un astro de cabeza rubia,
y con la vieja ráfaga de hastío
que despierta a los hombres en sus lechos
vagaba un viento desolado y frío;
se crispaban los frágiles helechos
de tallos cimbradores; lluvia densa
azotaba los techos:
enmudecía la ciudad inmensa
y me dije: ¡quién sabe
si aquellas tenues gotas de rocío,
si aquella casta lluvia

son lágrimas que vienen del vacío
desde los ojos de la estrella rubia!

Rubia estrella doliente,
solitario testigo
de la fuga del pálido mendigo,
¿fuiste su ninfa ausente?
¿eres su novia muerta,
que a los albores de otra luz despierta?

Rubia estrella, testigo
de la muerte del pálido mendigo,
cuéntame a solas su pasión secreta:
¿fue él acaso tu férvido poeta?
¿en las noches doradas,
bajo el quieto follaje de algún tilo,
tus manos delicadas
le entornaron el párpado tranquilo,
mientras volaba por su faz inquieta
tu fértil cabellera de violeta?

Rubia estrella doliente,
solitario testigo
de la fuga del pálido mendigo...

Va cayendo la tarde. Soplo vago
de insólita pavura
mana del fondo de la sima oscura,

y el cadáver, ya frío,
se ha llevado en sus ímpetus el río.

Entre la zarza un can enflaquecido
lame con gesto de avidez suprema
el sílex negro que manchó el caído
con el raudal de sus arterias rotas;
luego el áspero hocico relamido
frunce voraz, y con mirada aviesa,
temeroso que surja entre la gente
alguien que anhele compartir su presa,
clava los turbios ojos en el puente...

La voz contra la roca, Leopoldo Lugones

(Fragmentos)

El poeta es el astro de su propio destierro.
Él tiene su cabeza junto a Dios, como todos.
Pero su carne es fruto de los cósmicos lodos
de la Vida. Su espíritu del mismo yugo es siervo.
Pero en su frente brilla la integridad del verbo.
Cada vez que una de esas columnas, que en la historia
trazan nuevos caminos de esfuerzo y de victoria,
emprende su jornada, dejando detrás de ella,
rastros de lumbre como los pasos de una estrella,
noches siniestras, ecos de lúgubres clarines,
huracanes colgados de gigantescas crines

y montes descarnados como imponentes huesos:
 uno de esos engendros del prodigio,
 uno de esos armoniosos doctores del Espíritu Santo,
 alza sobre la cumbre de la noche su canto.

(La alondra y el Sol tienen en común estos puntos:
 que reinan en los cielos y se levantan juntos.)

El canto de esos grandes es como un tren de guerra
 cuyas sonoras llantas surcan toda la tierra.

Cantan por sus heridas, ensangrentadas bocas
 de trompeta, que mueven el alma de las rocas
 y de los mares. Hugo, con su talón fatiga
 los olímpicos potros de su imperial cuadriga; y,
 como de un océano que el Sol naciente dora,
 de sus grandes cabellos se ve surgir la aurora.

Dante alumbra el abismo con su alma. Dante piensa.

Alza entre dos crepúsculos una portada inmensa,
 y pasa, transportando su empresa y sus escombros:
 una carga de montes y noches en los hombros.

Whitman entona un canto serenamente noble.

Whitman es el glorioso trabajador del roble.

El adora la vida que irrumpe en toda siembra,
 el grande amor que labra los flancos de la hembra;
 y todo cuanto es fuerza, creación, universo,
 pesa sobre las vértebras de su verso.

Homero es la pirámide sonora que sustenta

los talones de Júpiter, goznes de la tormenta.

Es la boca de lumbre surgiendo del abismo.

Tan de cerca le ha hablado Dios, que él habla lo mismo.

.....

¡Un poeta!

¿Un poeta? Es preciso. Dios no trabaja en vano.

Cuando sobre las cumbres del pensamiento humano

la noche se constela de lejanos fulgores,

cuando las grandes lenguas del viento dan rumores

inauditos, y cuando sobre esas cumbres flota

la inefable caricia de una armonía ignota,

la luz presente al astro, la fe presente al alma.

Dios trabaja en el seno de una inmutable calma.

Pero las grandes voces: el trueno, el mar, el viento,

dicen las predicciones de aquel advenimiento.

—Yo escuché esas tres grandes voces: Dios ha querido

que esas tres grandes voces sonaran en mi oído.

.....

—Los astros centellaban de fulgores divinos,

y daban fuertes sonos como un bosque de pinos

flameantes, cabalgado por el huracán, sonos

que flotaban cual nubes sobre los escuadrones

de aquella gran columna blasfema. El mar oía,

oía la montaña, oía la selva, el antro, el día

presintiendo un lejano temblor de cataclismo

ante esas formidables alarmas del abismo.
Aquellos sonos eran las palabras de una ira
tenebrosa que hablaba como el viento en la lira.
«¡El alma está en peligro!» clamaban. Desde el cielo
caían sordas lágrimas de sangre y luz; el duelo
de las sombras pesaba sobre la tierra inerte
como un árbol sobre una meditación de muerte.
La cruz austral radiaba desde la enorme esfera
con sus cuatro flamígeros clavos, cual si quisiera
en sus terribles brazos crucificar al polo.
En medio de aquel trágico horror, yo estaba solo
entre mi pensamiento y la eternidad. Iba
cruzando con dantescos pasos la noche. Arriba,
los astros continuaban levantando sus quejas
que ninguno sentía sonar en sus orejas.
Rugían como bestias luminosas, heridas
en el flanco, mas nadie sujetaba las bridas;
nadie alzaba los ojos para mirar aquellas
gigantes convulsiones de las locas estrellas;
nadie les preguntaba sus divinos secretos;
nadie urdía la clave de su largo alfabeto;
nadie seguía el curso sangriento de sus rastros...

Y decidí ponerme de parte de los astros.

El himno de las torres, Leopoldo Lugones

(Fragmentos)

I

Canto: las altas torres, gloria del siglo, y decoro del suelo. Las torres que ven las distancias; las torres que cantan la gloria de las buenas artes del hierro y de la piedra. Las torres gigantes que tienen cien lenguas intactas: cien lenguas, que son las campanas, sabientes de un mágico idioma que dice a los astros las preces del culto extinguido, con frases de bronce y de fe.

II

Las piedras están empapadas de música sacra; las piedras cuya alma es unísona, cuya alma es un eco. Las piedras cuya alma despiertan los órganos con su fluido lenguaje de flautas, cuando su noble mecánica inventa los salmos que, bajo los eruditos dedos de un pálido músico, parecen una galería de arcos iris, ante cuyo triunfo, en colores de fama, pasan reyes de reales melenas, y obispos de tiaras suntuarias, en caballos blancos, cuyas herraduras tienen un armonio— so compás. Bajo los dedos de un pálido músico: bien Pedro Luis de Preneste, dicho el Palestrina (grande en su Misa del Papa Marcelo), bien Sebastián Bach.

VIII

Y mi alma —golondrina ideal— desde su torre sigue mirando; y mira que ya viene el alba, y que una muchacha fresca ríe, y que en su risa se desparrama un puñado de sortijas de plata. Y mira despedirse las naves que van para los Continentes, para las tierras rojas, para las tierras negras donde el Sol se acuesta entre palmeras; donde hay serpientes que parecen joyas venenosas y flores más bien pintadas que los tigres; y bisontes, y elefantes, y jirafas, y pájaros del Paraíso y luciérnagas, y resinas, y esencias, y bálsamos, y corales, y perlas —éstas en conchas de valvas rosadas, como hostias intactas entre labios que comulgan—, y dulces nueces, y polvo de oro; y tambores, y calabazas, y tinajas, que hacen la música de los dioses; y princesas desnudas que aman los besos de los amantes blancos. Y va Cristóbal Colón, con una cruz y una espada bien leal; y Marco Polo, con un tratado cosmográfico de Cosmas en la mano; y Vasco de Gama con un astrolabio en el mástil; y Hernando de Magallanes con una hacha al cinto; y la May-Flower con la carta del rey Juan; y Dumont d'Urville con un planisferio y una áncora; y Tasman con una brújula; y Stanley con el lápiz del New York Herald y su casco de corcho; y Livingstone, el padre del Nilo.

X

Y mi alma -golondrina ideal- desde su torre sigue mirando: y mira que nace otro día, todo en sangre, otro día, y que los hombres niegan a Dios y se hacen pequeños y malos. Y hay no obstante

otros hombres sabios, que hacen libros, como quien siembra una selva, para tener maderos con que arbolar naves futuras: Darwin y Claudio Bernard, Crookes y el profesor Roentgen, Pasteur, Edison, Ernesto Helio y Nietzsche, Karl Marx y Fabre d'Olivet, Eliphaz Lévi, Champollion, Augusto Comte, Maury, Vogt y Ralph Waldo Emerson. Y mira mi alma cómo la vieja ciencia de las Pirámides resucita; y el sueño parlante que ve a la distancia con oscura mirada y los tres elementos que son las tres llaves de la ciencia de las Generaciones. Y mira cómo se llena de amor el metal, tocándole el alma por medio del rayo; y cómo se ordena la armonía de los átomos; y cómo en la carne de los seres se modela la futura estatua que ha de ser el coronamiento de los Reinos: la triple estatua de talones de piedra, cintura de árbol y cabeza elocuente; y cómo en el sereno mar de sangre de las matrices está de la maternidad la ñor callada, en el sueño de su corola de nueve pétalos; y cómo los carros sonantes corren por la paralela de hierro, en pos del corcel de hierro, cuya alma es un trueno de hierro, y cuyos bronquios de hierro tosen el huracán, y cuyo corazón de hierro va tempestado de brasas; ¡gran caballo, negro, negro, negro, gran caballo comedor de fuego, gran caballo en temblor de enormes músculos lanzado, con una nube en las narices a los jadeantes trotes del millar de leguas: gran caballo negro, gran caballo negro, gran caballo negro al cual no se ve sudar!

XI

Y mi alma —golondrina ideal— desde su torre sigue mirando: y mira que la tarde viene con un paso lijero, armoniosamente, a caer en la mar, como una poetisa ciega que sobrelleva su palidez tocando el arpa. Y sobre una torre de oro aparecen, con los cabellos coronados de laureles y espinas, algunos hombres: Hugo, Verlaine, La Place, Herschel, Wronski, Wagner, Botthe, Klopstock, Poe, Whitman y Adam Mickiewisch. Y la Torre tiene nueve pisos: y en el segundo están los que son coronados de diamante, y en el tercero los que son coronados de plata, y en el cuarto los que son coronados de hierro, y en el quinto los que son coronados de rojo cobre, y en el sexto los que son coronados de estaño, y en el séptimo los que son coronados de ébano, y en el octavo los que son coronados de marfil, y en el noveno los que son coronados de verbena. Y los nueve pisos de la Torre son los lechos de nueve estrellas —nueve doncellas de plata— y desde la cima de la Torre se escucha ya el himno de los Serafines, y es como si en dos se abriera el Sol.

XIII

Y mi alma —golondrina ideal— desde su torre sigue mirando: y mira la Aurora venir en paz, y sobre la Aurora levantarse la Torre de Oro. Y que la tierra está pacífica como una viña sobre los últimos días de un abuelo viejo; y que cada madre es como un jardín de almendros; y que el sol viene, ardiente y bello, como un héroe joven que estrena sus armas; y que las piedras, y los árboles, y las bestias del mundo, levantan al cielo sus almas confusas, en el himno de todas las lenguas,

de todos los números, en el himno que surge de la Torre de oro, coronada Lira, Árbol musical, Cráter de armonías, Casa de las doradas virtudes— Torre de Gloria.

José María Eguren

Peregrín cazador de figuras
En el mirador de la fantasía,
al brillar del perfume
tembloroso de armonía;
en la noche que llamas consume;
cuando duerme el ánade implume,
los órficos insectos se abruma
y luciérnagas fuman;
cuando lucen los silfos galones, entorcho
y vuelan mariposas de corcho
o los rubios vampiros cecean,
o las firmes jorobas campean;
por la noche de los matices,
de ojos muertos y largas narices;
en el mirador distante, por las llanuras;
Peregrín cazador de figuras
con ojos de diamante
mira desde las ciegas alturas.

Las alas, Delmira Agustini

Yo tenía...

dos alas!...

Dos alas,

Que del Azur vivían como dos siderales

Raíces!...

Dos alas,

Con todos los milagros de la vida, la Muerte

Y la ilusión. Dos alas.

Fulmíneas

Como el velamen de una estrella en fuga;

Dos alas.

Como dos firmamentos

Como tormentas, con calmas y con astros...

¿Te acuerdas de la gloria de mis alas?...

El áureo campaneo

Del ritmo; el inefable

Matiz atesorando

El Iris todo, más un Iris nuevo

Ofuscante y divino,

que adorarán las plenas pupilas del Futuro

(¡Las pupilas maduras a toda luz!)... el vuelo...

El vuelo ardiente, devorante y único,

Que largo tiempo atormentó los cielos,

Despertó soles, bólidos, tormentas,

Abrillantó los rayos y los astros;

Y la amplitud: tenían
 Calor y sombra para todo el Mundo,
 Y hasta incubar un *más allá* pudieron.

Un día, raramente
 Desmayada a la tierra,
 Yo me adormí en las felpas profundas de este bosque...
 Soñé divinas cosas!..
 Una sonrisa tuya me despertó, paréceme...
 Y no siento mis alas!
 ¿Mis alas?...

—Yo las vi deshacerse entre mis brazos...

¡Era como un deshielo!

Sepulcro del poeta, Gregorio Martínez Sierra

En lejanos países donde el Sol es el rey, donde derrama su luz a manos llenas, sembrando vida con la lluvia de oro de sus ardientes rayos, hay un pueblo que entierra a sus poetas en el tronco robusto del rey del bosque, del baobab gigante. ¡Hermosa sepultura! Hermosa y digna de causar envidia al poeta que duerme en grandioso sepulcro, cincelado por la mano del Genio, sintiendo sobre el pecho el peso grave de mármoles y bronces... El bardo humilde que cantó la selva, en la selva descansa... Una piadosa ninfa le ha prestado su mansión misteriosa, y entre cielos y tierra suspendido, dormirá el sueño eterno, oculto en las entrañas de la vida, y de su cuerpo en torno sentirá la caricia halagadora de la savia que asciende... Y al llegar la estación de los amores, florido aniversario de todo corazón que fue poeta, Naturaleza, su adorada virgen, suspenderá en los aires, para halagar a su cantor ferviente, de follaje coronas perfumadas, y tendrá en los lamentos de las brisas exequias amorosas. Sobre su corazón -lira vibrante- no pesará la tierra... No apagará los fuegos de su pecho el frío de la losa... No callará su voz, su voz potente que lanzó en otro tiempo, en dulce estrofa, melodioso canto... No callará..., que siempre se escucharán sus

mágicos acentos en el dulce susurro del follaje mecido por las auras, y no faltarán nunca sobre el sepulcro del cantor de amores, ni cantos, ni perfumes, ni colores.

Antífona, Antonio Machado

Ven, reina de los besos, flor de la orgía,
amante sin amores, sonrisa loca...

Ven, que yo sé la pena de tu alegría
y el rezo de amargura que hay en tu boca.

Yo no te ofrezco amores que tú no quieres;
conozco tu secreto, virgen impura;
Amor es enemigo de los placeres
en que los dos ahogamos nuestra amargura.

Amarnos... ¡Ya no es tiempo de que me ames!
A ti y a mí nos llevan olas sin leyes.
¡Somos, a un mismo tiempo, santos e infames;
somos, a un tiempo mismo, pobres y reyes!

¡Bah! Yo sé que los mismos que nos adoran
en el fondo nos guardan igual desprecio.
Y justas son las voces que nos desdoran...
Lo que vendemos ambos no tiene precio.

Así, los dos: tú, amores, yo poesía,
damos por oro a un mundo que despreciamos...

¡Tú, tu cuerpo de diosa; yo, el alma mía!...

Ven y reiremos juntos mientras lloramos.

Joven quiere en nosotros Naturaleza

hacer, entre poemas y bacanales,

el imperial regalo de la belleza,

luz, a la oscura senda de los mortales.

¡Ah! Levanta la frente, flor siempre viva,

que das encanto, aroma, placer, colores...

Diles, con esa fresca boca lasciva...,

¡que no son de este mundo nuestros amores!

Igual camino en suerte nos ha cabido,

un ansia igual nos lleva que no se agota,

hasta que se confundan en el olvido,

tu hermosura podrida, mi lira rota.

Crucemos nuestra calle de la Amargura

levantadas las frentes, juntas las manos...

¡Ven tú conmigo, reina de la hermosura!

¡Hetairas y poetas somos hermanos!

(Alma, 1900)

“EL POETA”, Antonio Machado

Maldiciendo su destino

como Glauco, el dios marino,
mira, turbia la pupila
de llanto, el mar, que le debe su blanca virgen Scyla.

Él sabe que un Dios más fuerte
con la sustancia inmortal está jugando a la muerte,
cual niño bárbaro. Él piensa
que ha de caer como rama que sobre las aguas flota,
antes de perderse, gota
de mar, en la mar inmensa.

En sueños oyó el acento de una palabra divina;
en sueños se le ha mostrado la cruda ley diamantina,
sin odio ni amor, y el frío
soplo del olvido sabe sobre un arenal de hastío.
Bajo las palmeras del oasis el agua buena
miró brotar de la arena;
y se abrevó entre las dulces gacelas, y entre los fieros
animales carniceros...

Y supo cuánto es la vida hecha de sed y dolor.
Y fue compasivo para el ciervo y el cazador,
para el ladrón y el robado,
para el pájaro azorado,
para el sanguinario azor.

Con el sabio amargo dijo: Vanidad de vanidades,
todo es negra vanidad;
y oyó otra voz que clamaba, alma de sus soledades:
sólo eres tú, luz que fulges en el corazón, verdad.

Y viendo cómo lucían
miles de blancas estrellas,
pensaba que todas ellas
en su corazón ardían.
¡Noche de amor!

Y otra noche
sintió la mala tristeza
que enturbia la pura llama,
y el corazón que bosteza,
y el histrión que declama.

Y dijo: Las galerías
del alma que espera están
desiertas, mudas, vacías:
las blancas sombras se van.

Y el demonio de los sueños abrió el jardín encantado de
ayer. ¡Cuán bello era!
¡Qué hermosamente el pasado
fingía la primavera,

cuando del árbol de otoño estaba el fruto colgado,
miserable fruto podrido,
que en el hueco acibarado
guarda el gusano escondido!
¡Alma, que en vano quisiste ser más joven cada día,
arranca tu flor, la humilde flor de la melancolía!

Yo, poeta decadente, Manuel Machado

Yo, poeta decadente,
español del siglo veinte,
que los toros he elogiado,
y cantado
las golfas y el aguardiente...,
y la noche de Madrid,
y los rincones impuros,
y los vicios más oscuros
de estos bisnietos del Cid:
de tanta canallería
harto estar un poco debo;
ya estoy malo, y ya no bebo
lo que han dicho que bebía.

Porque ya
una cosa es la poesía
y otra cosa lo que está
grabado en el alma mía...

Grabado, lugar común.

Alma, palabra gastada.

Mía... No sabemos nada.

Todo es conforme y según.

(El mal poema, 1909)

Prólogo -epílogo, Manuel Machado

El médico me manda no escribir más. Renuncio,
 pues, a ser un Verlaine, un Musset, un D' Annunzio
 —¡no que no!—, por la paz de un reposo perfecto,
 contento de haber sido el vate predilecto
 de algunas damas y de no pocos galanes,
 que hallaron en mis versos —Ineses y Donjuanes—
 la novedad de ciertas amables languideces
 y la ágil propulsión de la vida, otras veces,
 hacia el amor de la Belleza, sobre todo,
 alegre, y ni moral ni inmoral, a mi modo.
 Tal me dicen que fui para ellos. Y tal
 debí de ser. Nosotros nos conocemos mal
 los artistas... Sabemos tan poco de nosotros,
 que lo mejor tal vez nos lo dicen los otros...

Ello es que se acabó... ¿Por siempre?... ¿Por ahora?..
 En nuestra buena tierra, la pobre Musa llora
 por los rincones, como una antigua querida
 abandonada, y ojerosa y mal ceñida,
 rodeada de cosas feas y de tristeza
 que hacen huir la rima y el ritmo y la belleza.
 En un pobre país viejo y semisalvaje,
 mal de alma y de cuerpo y de facha y de traje,
 lleno de un egoísmo antiartístico y pobre

—los más ricos apilan Himalayas de cobre,
y entre tanto cacique tremendo, ¡qué demonio!,
no se ha visto un Mecenas, un Lúculo, un Petronio—,
no vive el Arte... O, mejor dicho, el Arte,
mendigo, emigra con la música a otra aparte
Luego, la juventud que se va, que se ha ido,
harta de ver venir lo que, al fin, no ha venido.
La gloria, que, tocada, es nada, disipada...
Y el Amor, que, después de serlo todo, es nada.
¡Oh, la célebre lucha con la dulce enemiga!
La mujer —ideal y animal—, la que obliga
—gata y ángel— a ser feroz y tierno, a ser
eso tremendo y frívolo que quiere la mujer...
Pecadora, traidora y santa y heroína,
que ama las nubes, y el dolor, y la cocina.
Buena, peor, sencilla y loca e inquietante,
tan significativa, tan insignificante...
En mí, hasta no adorarla la indignación no llega;
y, al hablar del juguete que con nosotros juega,
lo hago sin gran rencor, que, al cabo, es la mujer
el único enemigo que no quiere vencer

A mí no me fue mal. Amé y me amaron. Digo...
Ellas fueron piadosas y espléndidas conmigo,
que les pedí hermosura, nada más, y ternura,
y en sus senos divinos me embriagué de hermosura...
Sabiendo, por los padres del Concilio de Trento,
lo que hay en ellas de alma, me he dado por contento.
La mecha de mi frente va siendo gris. Y aunque esto
me da cierta elegancia suave, por supuesto,
no soy, como fui antes, caballero esforzado
y en el campo de plumas de Amor el gran soldado

Resumen: que razono mi “adiós”, se me figura,
por quitarle a la sola palabra su amargura;
porque España no puede mantener sus artistas,
porque ya no soy joven, aunque aún paso revistas,

y porque —ya lo dice el doctor—, porque, en suma,
es mi sangre la que destila por mi pluma.

Introducción, Antonio Machado

Leyendo un claro día
mis bien amados versos,
he visto en el profundo
espejo de mis sueños

que una verdad divina
temblando está de miedo,
y es una flor que quiere
echar su aroma al viento.

El alma del poeta
se orienta hacia el misterio.
Sólo el poeta puede
mirar lo que está lejos
dentro del alma, en turbio
y mago sol envuelto.

En esas galerías,
sin fondo, del recuerdo,
donde las pobres gentes
colgaron cual trofeo

el traje de una fiesta
apolillado y viejo,
allí el poeta sabe
el laborar eterno
mirar de las doradas
abejas de los sueños.

Poetas, con el alma
atenta al hondo cielo,
en la cruel batalla
o en el tranquilo huerto,

la nueva miel labramos
con los dolores viejos,
la veste blanca y pura
pacientemente hacemos,
y bajo el sol bruñimos
el fuerte arnés de hierro.

El alma que no sueña,
el enemigo espejo,
proyecta nuestra imagen
con un perfil grotesco.

Sentimos una ola
de sangre, en nuestro pecho,

que pasa... y sonreímos,
y a laborar volvemos.

LXXVII*

Es una tarde cenicienta y mustia,
destartalada, como el alma mía;
y es esta vieja angustia
que habita mi usual hipocondría.
La causa de esta angustia no consigo
ni vagamente comprender siquiera;
pero recuerdo y, recordando, digo:
-Sí, yo era niño, y tú, mi compañera.

* * *

Y no es verdad, dolor, yo te conozco,
tu eres la nostalgia de la vida buena
y soledad de corazón sombrío,
de barco sin naufragio y sin estrella.
Como perro olvidado que no tiene
huella ni olfato y yerra
por los caminos sin camino, como
el niño que en la noche de una fiesta
se pierde entre el gentío
y el aire polvoriento y las candelas
chispeantes, atónito y asombra
su corazón de música y de pena,
así voy yo, borracho melancólico

guitarrista lunático, poeta,
 y pobre hombre en sueños,
 siempre buscando a Dios entre la niebla.

LXXIX, Antonio Machado

Desnuda está la tierra,
 y el alma aúlla al horizonte pálido
 como loba famélica. ¿Qué buscas,
 poeta, en el ocaso?

¡Amargo caminar, porque el camino
 pesa en el corazón! ¡El viento helado,
 y la noche que llega, y la amargura
 de la distancia!... En el camino blanco

algunos yertos árboles negrean;
 en los montes lejanos
 hay oro y sangre... El sol murió... ¿Qué buscas,
 poeta, en el ocaso?

(Soledades, galerías y otros poemas, 1907)

Algunos proverbios y cantares, Antonio Machado

XXVIII

Cantores, dejad

palma y jaleo

para los demás

XXIX

Despertad, cantores:

acaben los ecos,

empiecen las voces

XXXVI

No es el yo fundamental

eso que busca el poeta,

sino el tú esencial.

XLIV

No desdeñéis la palabra;

el mundo es ruidoso y mudo,

poetas, sólo Dios habla.

L

Con el tú de mi canción

No te adulo, compañero;

Ese tú soy yo.

LXXI

Da doble luz a tu verso,

para leído de frente

y al sesgo.

XCVIII

Tu profecía, poeta.

-Mañana hablarán los mudos:

el corazón y la piedra.

XCIX

-¿Mas el arte?...

-Es puro juego,

que es igual a pura vida,

que es igual a puro fuego.

Veréis el ascua encendida.

LA PALABRA, Miguel de Unamuno

Juan I 1. Mat. VI 9

Llave del ser, *fue en un principio el verbo*

el que se hizo todo cuanto muda

y el verbo es la cadena con que anuda

Dios los dispersos granos de su acervo.

Por él el hombre deja de ser siervo,

se vale de él en la batalla ruda

y en él la apaga cuando su alma suda

como en la fuente tras de acoso el ciervo.

Sea de Dios santificado el nombre

que es Dios también, pues fue con la palabra

como creara el mundo en un principio.

Con la palabra, como Dios, el hombre
 su realidad de ideas forja y labra:
 nunca la profanéis á huero ripio.

(Rosario de sonetos líricos, 1911)

La voz de las cosas, José Asunción Silva

¡Si os encerrara yo en mis estrofas,
 frágiles cosas que sonréis,
 pálido lirio que te deshojas,
 rayo de luna sobre el tapiz
 de húmedas flores, y verdes hojas
 que al tibio soplo de Mayo abrís,
 si os encerrara yo en mis estrofas,
 pálidas cosas que sonreís!

¡Si aprisionaros pudiera el verso,
 fantasmas grises, cuando pasáis,
 móviles formas del Universo,
 sueños confusos, seres que os vais,
 ósculo triste, suave y perverso
 que entre las sombras al alma dais,
 si aprisionaros pudiera el verso,
 fantasmas grises, cuando pasáis!

Yo persigo una forma, Rubén Darío

Yo persigo una forma que no encuentra mi estilo,
 botón de pensamiento que busca ser la rosa;
 se anuncia con un beso que en mis labios se posa
 el abrazo imposible de la Venus de Milo.

Adornan verdes palmas el blanco peristilo;
 los astros me han predicho la visión de la Diosa;
 y en mi alma reposa la luz como reposa
 el ave de la luna sobre un lago tranquilo.

Y no hallo sino la palabra que huye,
 la iniciación melódica que de la flauta fluye
 y la barca del sueño que en el espacio boga;

 y bajo la ventana de mi Bella-Durmiente,
 el sollozo continuo del chorro de la fuente
 y el cuello del gran cisne blanco que me interroga.

Diafanidad, Amado Nervo

Yo soy un alma pensativa. ¿Sabes
 lo que es un alma pensativa? —Triste,
 pero con esa fría
 melancolía
 de las suaves
 diafanidades. Todo lo que existe,

cuando es diáfano, es sereno y triste.

—¡Sabino peregrino

que contempla en las vivas

transparencias del agua vocinglera

todas las fugitivas metamorfosis de su cabellera,

peregrino sabino!

—Nube gemela de su imagen, nube

que navega en las fuentes y que en el cielo sube.

Dios en hondo mutismo,

viéndose en el espejo de sí mismo.

La vida toca

como una loca

trasmochadora:

«¡Abridme, es hora!»

«Desplegad los oídos, rimadores,

a todos los ruidos —exteriores.»

«Despliega tus oídos

a todos los ruidos.»

Mi alma no escucha, duermen mis sentidos.

Mi espíritu y mi oreja están dormidos...

—El pecado del río es su corriente;

la quietud, alma mía,

es la sabiduría

de la fuente.

Los astros tienen miedo
de naufragar en el perenne enredo
del agua que se riza en espirales;
cuando el agua está en éxtasis, bajan a sus cristales.

Conciencia,
sé clara;
pero con esa rara
inconsistencia
de toda proyección en un espejo,
devuelve a la importuna
vida, sólo un reflejo
de su paso furtivo ante tu luna.
Alma, tórnate onda
para que cada flor y cada fronda
copien en ti su fugitiva huella;
para que cada estrella
y cada nube hirsuta
se equivoquen de ruta,
y en tu claro caudal encuentren una
prolongación divina de su abismo:
que así, merced a singular fortuna,
el infinito y tú seréis lo mismo.

Siempre, Amado Nervo

¿Y cómo harás en lo futuro versos?

Haré mis versos sin hacerlos..., casi
fluidos, casi inmateriales, tenues,
sin palabras apenas,
o palabras que formen leve reja.
delgada reja, tras la cual asome,
tembloroso, mi espíritu desnudo;
mi espíritu sediento
y hambriento de supremas realidades,
ávido de saber la sola cosa
que hay que saber en vísperas
de la gran travesía...

—¿Y no amarás?

— ¡Ay!, sí, porque he nacido
para amar... Bien quisiera
que a lo invisible abriese su corola
únicamente el alma;
pero no puedo aún: ¡Eva sonrío,
y tras ella, prendido mi deseo
en el rayo de sol de su sonrisa,
vuela, incapaz de detenerse, amigo!

Me temo, pues, que mi postrero canto
sea un canto de amor.

Sin sentido, Miguel de Unamuno

Quisiera no saber lo que dijese,
Nada decir, hablar, hablar tan solo,
Con palabras uncidas sin sentido

Verter el alma

¿Qué os importa el sentido de las cosas
Si su música oís entre los labios
Os brotan las palabras como flores

Limpias de fruto?

Palabras virginales, dulces, castas,
Monorrítmicas, graves y profundas
Palabras que recuerdan tiernas tardes

Languidecidas.

Oh dejadme dormir y repetidme
La letanía del dormir tranquilo
Dejad caer en mi alma las palabras

Sonoramente.

¡Oh la primaveral verde tibieza
Que en mi pecho metiéndose susurra
Secretos a mi oído y misteriosa

Nada me dice!

Claros mañanas de esperanzas henchidas,

Serenas tardes del vivir desnudo,
Noches calladas del sosiego dulce,

¿Cuál vuestra lengua?

Y luego... ¿Qué? ¡No sé! Y eso ¿Qué importa?

¡Podéis cortar donde queráis; el cuento

Nunca se acaba y por lo tanto acaba

Donde se quiera.

Fluye el regalo entre las frescas flores,

Y es el órgano vivo cuya música

Sirve de fondo al canto polifónico

Que alzan los pájaros.

Brotan las melodías de los nidos

Y la armonía surge de las aguas,

El coro en el follaje y entre el césped

Concierta el órgano.

Y no calla de día ni de noche

Nos canta sin cesar su canto eterno

Que como no empezó a nuestros oídos

Tampoco acaba.

¿Y qué dice? ¿Qué dice? Si dijera

Lo que decís que dice no diría

Lo que queréis que diga y al decirlo

No le oirías.

Suena el regato entre las frescas flores

Acompañando al canto de los pájaros

Y si éste es de dolor y si es de júbilo

Igual el órgano.

¡Oh no busquéis la letra, la que mata,

Lo que vida nos da, buscad espíritu!

¿Qué ha querido decir? prosigue... ¡déjalo!

¡Busca lo íntimo!

Mientras duermen los campos, el rocío

Vivifica a las flores soñadoras;

Duerme, mi alma, que el rocío dulce

De la palabra

Caerá sobre tus flores, tus sentires,

Que luego beberán esa celeste

Esencia de la noche, cuando el beso

del sol los dore.

¿Queréis que acabe ya? ¡Bueno! Ahí os queda

Ese zumbar que deja la campana

Muriéndose en el ámbito sereno

De blanca tarde;

Ese sagrado trémolo que muere
Derretido en la luz que se derrite
Cuando al Ángelus nacen las estrellas
Y se abre el cielo.

Si os dejara en el alma un vago trémolo
Como el que baja de esa vieja torre,
Que a la oración nos llama, os dejaría
Mi alma toda.

Acabo ya y continuad vosotros;
Si os limpié de conceptos el espíritu
Por pagado me doy de estas estrofas
Sin sentido.

¡ID CON DIOS!, Miguel de Unamuno

Aquí os entrego, a contratiempo acaso,
flores de otoño, cantos de secreto.
¡Cuántos murieron sin haber nacido,
dejando, como embrión, un solo verso!
¡Cuántos sobre mi frente y sobre las nubes
brillando un punto al sol, entre mis sueños,
desfilaron como aves peregrinas,
de su canto al compás llevando el vuelo

y al querer enjaularlas yo en palabras
del olvido a los montes se me fueron!
Por cada uno de estos pobres cantos,
hijos del alma, que con ella os dejo,
cuántos en el primer vagido endeble
faltos de aire de ritmo se murieron!
Estos que os doy logré sacar a vida,
y a luchar por la eterna aquí os los dejo;
quieren vivir, cantar en vuestras mentes,
y les confío el logro de su intento.
Les pongo en el camino de la gloria
o del olvido, hice ya por ellos
lo que debía hacer, que por mí hagan
ellos lo que me deban, justicieros.
Y al salir del abrigo de mi casa
con alegría y con pesar los veo,
y más que no por mí, su pobre padre,
por ellos, pobres hijos míos, tiemblo.
¡Hijos del alma, pobres cantos míos,
que calenté al arrimo de mi pecho,
cuando al nacer mis penas balbucíais
hacíais de ellas mi mejor consuelo!
Íos con Dios, pues que con Él vinisteis
en mí a tomar, cual carne viva, verbo,
responderéis por mí ante Él, que sabe
que no es lo malo que hago, aunque no quiero,

sino vosotros sois de mi alma el fruto;
vosotros reveláis mi sentimiento,
¡hijos de libertad! y no mis obras
en las que soy de extraño sino siervo;
no son mis hechos míos, sois vosotros,
y así no de ellos soy, sino soy vuestro.
Vosotros apuráis mis obras todas;
sois mis actos de fe, mis valederos,
Del tiempo en la corriente fujitiva
flotan sueltas las raíces de mis hechos,
mientras las de mis cantos prenden firmes
en la rocosa entraña de lo eterno.
Íos con Dios, corred de Dios el mundo,
desparramad por él vuestro misterio,
y que al morir, en mi postrer jornada
me forméis, cual calzada, mi sendero,
el de ir y no volver, el que me lleve
a perderme por fin en aquel seno
de que a mi alma vinieron vuestras almas,
a anegarme en el fondo del silencio.
Id con Dios, cantos míos, y Dios quiera
que el calor que sacasteis de mi pecho,
si el frío de la noche os lo robara,
lo recobréis en corazón abierto
donde podáis posar al dulce abrigo
para otra vez alzar, de día, el vuelo.

Íos con Dios, heraldos de esperanzas
 vestidas del verdor de mis recuerdos,
 íos con Dios y que su soplo os lleve
 a tomar en lo eterno, por fin, puerto.

Introducción, Eduardo Marquina

Desde la plenitud de los racimos
 A la forzada cárcel de los vasos,
 Como el devoto al ídolo, he seguido

Tus peregrinaciones.

Vino, sangre del campo, misteriosa
 Consagración de renacientes cultos,
 Hervor continuo, animación perenne
 ¡bendígante los vivos!

Lleno de amor, te encerraré en el cáliz
 De mis amplias estrofas, y tu espuma
 Será mi lujo, y tu sabor caliente

La fuerza de mis versos;

De cada hervor, en tu abundante seno,
 Brotará un pensamiento, y mis canciones
 Guardarán tu recuerdo y la amargura
 Conservarán de tus ocultas heces.

¡Oh vino innecesario! ¡Oh poesía!

¡Oh singular locura! Yo os bendigo,

Bacantes griegas, sátiros ligeros

Amantes de la vida;

¡vuélvase a ver las Teorías rojas!

Goteen los racimos, hierva el mosto

Y, respondiendo a su compás la sangre,

Muerdan los dientes, al besar los labios!

Toda la tierra, ante mis ojos, toma

El color verde de las anchas vides;

La púrpura imperial de los racimos

Incita al fausto alegre;

Y —padre universal , resplandor, suma

De todos los errantes resplandores—

El sol cobija con inmensas alas

La amplitud de las viñas somnolientas.

¡Despertad, despertad, hombres parados

En la mitad de la florida ruta;

Viejos de voz profética; mujeres

De levantado pecho!

¡Despertad, niños! ¡Despertad, rebaños,

Pastores, labradores y danzantes!

¡Despertad, que las viñas os esperan

Y empieza a hervir el mosto en los racimos!

¡Bajemos a las viñas! ¡con los brazos

Desnudos, con la frente iluminada,

A celebrar la misa de la vida

Sobre las aras verdes!

¡Estallen las canciones! Nuestras risas

Sean como sonido de campanas

Que hace bailar el viento; mozas, hembras:

¡abrid sedientas la encarnada boca!

Mi pálida trova, Luis de Oteyza

Yo conozco una balada

Lenta y triste como el canto lastimero

De las musas alemanas,

Lenta y triste

Triste y pálida,

Con estrofas cadenciosas y dolientes,

Todas llenas de amarguras y nostalgias;

Con estrofas cadenciosas y dolientes

Como el eco melancólico de una dicha que se acaba.

Es hermosa, muy hermosa,

La tristísima sonata;

Es hermosa, muy hermosa, tan hermosa

Que no puede ser cantada.

Sus acentos son tan dulces y tan tristes

Que no pueden expresarse con palabras.

Tiene el ritmo del gemido. Y en sus versos
solo riman los suspiros con las lágrimas.

Yo he oído muchas veces su cadencia lenta y triste,
Triste y pálida...

La he oído cual si dentro de mi pecho
Resonara.

La balada misteriosa
Es redejo de la pena de mi alma;
Es la pena de mis penas.

Un arroyo,

Pobre esclavo de la fuerza que le arrastra,
Al partir, abandonando
Las campiñas adoradas,
Cierta día,
Sollozante, la cantaba.

(También está el tema del poeta)

Lo inefable, Delmira Agustini

Yo muero extrañamente... No me mata la Vida.
No me mata la Muerte, no me mata el Amor;
Muero de un pensamiento mudo como una herida...
¿No habéis sentido nunca el extraño dolor
De un pensamiento inmenso que se arraiga en la vida,
Devorando alma y carne, y no alcanza a dar ñor?

¿Nunca llevasteis dentro una estrella dormida
Que os abrasaba enteros y no daba un fulgor?...

Cumbre de los Martirios!... Llevar eternamente,
Desgarradora y árida, la trágica simiente
Clavada en las entrañas como un diente feroz!...
Pero arrancarla un día en una ñor que abriera
Milagrosa, inviolable!... Ah, más grande no fuera
Tener entre las manos la cabeza de Dios!

Sinfonía de fresas en leche, José Asunción Silva

¡Rítmica Reina lírica! Con venusinos
cantos de sol y rosa, de mirra y laca
y polícromos cromos de tonos mil,
oye los constelados versos mirrinos,
escúchame esta historia Rubendariaca,
de la Princesa verde y el paje Abril,
rubio y sutil.

Es bizantino esmalte do irisa el rayo
las purpuradas gemas que enflora junio
si Helios recorre el cielo de azul edén,
es lilial albura que esboza mayo
en una noche diáfana de plenilunio
cuando las crisodinas nieblas se ven
a tutiplén!

En las víridas márgenes que espuma el Cauca,
—áureo pico, ala ebúrnea— currucuquea,
de sedeñas verduras bajo el dosel,
de las perladas ondas se esfuma glauca:
¿es paloma, es estrella o azul idea?...
Labra el emblema heráldico de áureo broquel,
róseo rondel.

Vibran sagradas liras que ensueña Psiquis,
son argentados cisnes, hadas y gnomos
y edenales olores, lirio y jazmín
y vuelan entelechias y tiquismiquis
de corales, tritones, memos y momos,
del horizonte lírico nieve y carmín
hasta el confín.

Liliales manos vírgenes al son aplauden
y se englaucan los líquidos y cabrillean
con medioevales himnos al abedul,
desde arriba Orion, Venus, que Secchis lauden
miran como pupilas que cintillean
por los abismos húmedos del negro tul
del cielo azul.

Tras de las cordilleras sombrías, la blanca
Selene, entre las nubes de ópalo y tetras

surge como argentífero tulipán
 y por entre lo negro que se esperanca
 huyen los bizantinos de nuestras letras
 hacia el Babel Bizancio, do llegarán
 con grande afán.

¡Rítmica Reina lírica! Con venusinos
 cantos de sol y rosas, de mirra y laca
 y polícromos cromos de tonos mil,
 ¡estos son los caóticos versos mirrinos,
 ésta es la descendencia Rubendariaca,
 de la Princesa verde y el paje Abril,
 rubio y sutil!

A la corte de los poetas, Miguel de Unamuno

Junto a esa charca muerta de la corte
 En que croan las ranas a concierto,
 Se masca como gas de los pantanos
 Ramplonería.

Los renacuajos bajo la ova bullen
 Esperando que el rabo se les caiga
 Para ascender a ranas que en la orilla
 Al sol se secan.

Y si oyen ruido luego bajo el agua,

Buscan el limo, su elemento propio
En el que invernan disfrutando en frío

Dulce modorra.

Solo de noche, a su cantada luna,
Se arriesgan por los campos aledaños,
A caza de dormidos abejorros,

Papando moscas.

¡Oh que concierto de sonoras voces
Alzan al cielo cuando el cielo llega!
¿Están pidiendo rey o están cantando

Al amor trovas?

¿O es que envidiosas de redondas vacas
Se están hinchando de aire sus pulmones?
¿Es que les mueve en su cantar furioso

La sed de gloria?

Cuando pelechen nacerá sobre ellas
El sol que les caliente al fin la sangre
Alas les nacerán, y sus bocotas

Darán gorjeos.

Se secará la charca y hasta el cielo
Irán en busca de licor de vida,

Querrán, alondras, de las altas nubes´

Libar el cáliz.

Pero, ¡no!, nuestras ranas son sesudas,

No les tienta el volar, saltan a gusto,

Jove les dio como preciada dote

Común sentido.

¡Oh imbéciles cantores de la charca,

Croad, papad, tomad el sol estivo,

Propicia os sea la sufrida luna,

Castizas ranas!

XXI, Juan Ramón Jiménez

Abandona, poeta, la loca pandereta

Y el tambor, que te han dado tanto alegre estribillo...

Mira, el otoño piensa su elegía violeta

Y aleja por el cielo un recuerdo amarillo.

Exalta la hoja seca, liba la poesía

De esa lumbre doliente que en la tarde persiste;

Y que el lamento sea a tu melancolía

Lo que el color del llanto al horizonte triste.

Autumnal

Eros, vita, lumen

En las pálidas tardes

Yerran nubes tranquilas
en el azul; en las ardientes manos
se posan las cabezas pensativas.
¡Ah los suspiros! ¡Ah los dulces sueños!
¡Ah las tristezas íntimas!

¡Ah el polvo de oro que en el aire flota,
tras cuyas ondas trémulas se miran
los ojos tiernos y húmedos,
las bocas inundadas de sonrisas,
las crespas cabelleras
y los dedos de rosa que acarician!

*

En las pálidas tardes
me cuenta una hada amiga
las historias secretas
llenas de poesía:
lo que cantan los pájaros,
lo que llevan las brisas,
lo que vaga en las nieblas,
lo que sueñan las niñas.

*

Una vez sentí el ansia
de una sed infinita.

Dije al hada amorosa:

—Quiero en el alma mía
tener la inspiración honda, profunda,
inmensa: luz, calor, aroma, vida.

Ella me dijo: —¡Ven!— con el acento
con que hablaría un arpa. En él había
un divino idioma de esperanza.

¡Oh sed del ideal!

*

Sobre la cima

de un monte, a medianoche,
me mostró las estrellas encendidas.

Era un jardín de oro
con pétalos de llama que titilan.

Exclamé: —¡Más!...

*

La aurora

vino después. La aurora sonreía,
con la luz en la frente,
como la joven tímida
que abre la reja, y la sorprenden luego
ciertas curiosas, mágicas pupilas.

Y dije: —¡Más!... Sonriendo

la celeste hada amiga

prorrumpió:—¡Y bien! ¡Las flores!

*

Y las flores

estaban frescas, lindas,
empapadas de olor: la rosa virgen,
la blanca margarita,
la azucena gentil y las volúviles
que cuelgan de la rama estremecida.

Y dije:—¡Más!...

*

El viento

arrastraba rumores, ecos, risas,
murmullos misteriosos, aleteos,
músicas nunca oídas.
El hada entonces me llevó hasta el velo
que nos cubre las ansias infinitas,
la inspiración profunda,
y el alma de las liras,
Y lo rasgó. Y allí todo era aurora.

En el fondo se vía.

Un bello rostro de mujer.

*

¡Oh, nunca,

Piérides, diréis las sacras dichas

que en el alma sintiera!

Con su vaga sonrisa:

—¿Más?... —dijo el hada. Y yo tenía entonces

clavadas las pupilas

en el azul; y en mis ardientes manos

se posó mi cabeza pensativa...

Miguel de Unamuno

Eres tú mi poesía,

eres tú mi creación,

eres tú, Teresa mía,

tronco de mi corazón.

Tú me has dado la palabra

que nuestro amor sembrará

y tu visión es el abra

donde mi caudal se va.

Eres luz que se hizo carne

y vino al mundo a morir,

y aunque tu luz se descarne

me ha de alumbrar el vivir.

Eran tus ojos gemelos,

palomas del tiro al par,

que al carro de mis anhelos

le hicieron siempre volar.

(Teresa, 1924)

Lustral, Ricardo Jaime Freyre

Llamé una vez a la visión

y vino.

Y era pálida y triste, y sus pupilas
ardían como hogueras de martirios.

Y era su boca como una ave negra,
de negras alas.

En sus largos rizos
había espinas. En su frente arrugas.

Tiritaba.

Y me dijo:

—¿Me amas aún?

Sobre sus negros labios
posé los labios míos,
en sus ojos de fuego hundí mis ojos
y acaricié la zarza de sus rizos.

Y uní mi pecho al suyo, y en su frente
apoyé mi cabeza.

Y sentí frío
que me llegaba al corazón. Y el fuego
en los ojos.

Entonces
se emblanqueció mi vida como un lirio.

Invocación, Enrique Díez-Canedo

Alegrías ardientes, explosión de la rosa,
Canto del ruiseñor, risa de la mujer,
Clavaos en lo más profundo de mi ser
Y dadme vuestra vida desbordante y gloriosa.

Alegrías humildes, humaredas de hogar,
Infantil balbuceo, borbotar de la fuente,
Acariciad con suaves aleteos mi frente;
Dadme un sueño de calma y un claro despertar.

Dolores que aborrece la muchedumbre incrédula,
Dadme el grano de sal oculto en vuestra médula,
El germen de esperanza que en vosotros anida.

¡Oh alegrías, oh penas, fervoroso os espero!
Purificadme y exaltadme, porque quiero
Traducir en mis versos la prosa de la vida.

La musa, Delmira Agustini

Yo la quiero cambiante, misteriosa y compleja;
Con dos ojos de abismo que se vuelvan fanales;
En su boca, una fruta perfumada y bermeja
Que destile más miel que los rubios panales.

A veces nos asalte un aguijón de abeja;
Una raptos feroces a gestos imperiales
Y sorprenda en su risa el dolor de una queja;
¡En sus manos asombren caricias y puñales!

Y que vibre, y desmaye, y llore, y ruja, y cante,
Y sea águila, tigre, paloma en un instante.
Que el Universo quepa en sus ansias divinas;
Tenga una voz que hiele, que suspenda, que inflame,
Y una frente que erguida su corona reclame
De rosas, de diamantes, de estrellas o de espinas!

Ofertorio, Francisco Villaespesa

En esas horas íntimas de gran recogimiento,
cuando escuchamos hasta girar agonizante,
en torno de la lámpara que alumbra vacilante,
como una mariposa, un vago pensamiento.

Cuando en la mano helada de una tristeza inmensa
el corazón sentimos temblar, aprisionado,
como un latir medroso de pájaro asustado
y el alma está en la pluma, sobre el papel suspensa.

Cuando en el gran silencio nocturno se percibe
el hálito más tenue, el son más fugitivo,

y se funden en uno los cien ecos dispersos.

Alguien dice a mi oído, con voz muy baja: —¡Escribe!...

Y yo entonces, llorando y sin saberlo, escribo
esas cosas tristes que algunos llaman versos.

Gregorio Martínez Sierra

¿Qué estás haciendo?

— Encaje de bolillos.

— Labor de araña...

— Casi de poeta.

— ¡Orgullosa!

— ¡Que no! Acércate, mira,

y admira, si comprendes, la tarea.

Torcer y retorcer hilos sutiles

como palabras bellas,

y hacer con ellos rosas,

laberintos, cadenas,

nubes de blonda y gasa,

redes de tul para prender estrellas.

¿No te parece un sueño

toda esta sutileza?

Arquitectura frágil y florida,

frágil como un poema,

florida como un prado

«por el influjo de la primavera».

¿Te ríes de la cita? Muy mal hecho;
para ser encajera
concienzuda y artista,
hay que tener erudición poética.
Yo aprendo en los sonetos de Petrarca
a tejer más perfectas
las rosas de mi encaje,
y pensando en las trenzas
de Laura, cuando muevo los palillos,
suelo soñar que suenan
a palabras de amor que alguien suspira
para mí. ¡Si supieras
cuántos palacios de ilusión y ensueño,
a compás de las manos que manejan
agujas y palillos,
van tejiendo con el hilo y la seda
sobre el fondo del tedio cotidiano
las almas de mujer, siempre en espera -
de la flor que la vida les promete
y que llega... o no llega!
Es triste ser mujer, ¿verdad, chiquillo?,
sentir tanta impaciencia
como el hombre que más por la aventura,
y el amor, y la guerra
del pensamiento contra el pensamiento,
y tenerse que estar la vida entera

sentadita a la orilla del camino,
engañando las horas con la rueca,
esperando a que pase el caballero
que viene de vencer a la quimera
y busca el premio de unos dulces ojos...

¿Y si no pasa? ¿Y si la primavera
se va, y nacen arrugas en la frente
sin que la vida cumpla su promesa?

Por fortuna, la aguja
corre que corre, y los palillos vuelan,
y la ilusión florece, al sortilegio
de las manos de cera,
en jardines bordados,
en rosas de hilo y seda,
en marañas de encaje
que con dulce impostura nos consuelan
de la esperanza y la desesperanza,
del tedio, del olvido y de la ausencia.

Tú que pasaste a tiempo por mi vida
y paraste mi rueca:
por la canción que se durmió en la rota
maraña, haz un poema
para el ensueño de la interminable
costura, para el vuelo de la hebra,
aire arriba, aire abajo,
para el ruidito con que a la encajera

le van mintiendo amores los palillos,
para las niñas que bordan y esperan.
Acaso ellas lo lean en un día
de más honda tristeza,
y suspirando agradecidamente,
perfilen una flor para el poeta.

Leyendo a silva, Guillermo Valencia

Vestía traje suelto, de recamado biso,
en voluptuosos pliegues de un color indeciso,

y en el diván tendida, de rojo terciopelo,
sus manos, como vivas parásitas de hielo,

sostenían un libro de corte fino y largo,
un libro de poemas delicioso y amargo.

De aquellos dedos pálidos la tibia yema blanda
rozaba tenuemente con el papel de Holanda,

por cuyas blancas hojas vagaron los pinceles
de los más refinados discípulos de Apeles:

era un lindo manojo que en sus claros lucía
los sueños más audaces de la Crisología:

sus cuerpos de serpiente dilatan las mayúsculas
que desde el ancho margen acechan las minúsculas,

o trazan por los bordes caminos plateados
los lentos caracoles, babosos y cansados

Para el poema heroico se vía allí la espada
con un león por puño y contera labrada,

donde evocó las formas del cielo legendario
con sus torres y grifos un pincel lapidario.

Allí, la dama gótica de rectilínea cara
partida por las rejas de la viñeta rara;

allí, las hadas tristes de la pasión excelsa:
la férvida Eloísa, la suspirada Elsa.

Allí, los metros raros de musicales timbres:
ya móviles y largos como jugosos mimbres,

ya diáfanos, que visten la idea levemente
como las albas guijas de un río transparente.

Allí, la Vida llora, y la Muerte sonrío,

y el Tedio, como un ácido, corazones deslíe...

Allí, cual casto grupo de núbiles Citeres,
cruzaban en silencio figuras de mujeres

que vivieron sus vidas, invioladas y solas
como la espuma virgen que circunda las olas:

La rusa de ojos cálidos y de bruno cabello
pasó con sus pinceles de marta y de camello;

la que robó al piano en las veladas frías
parejas voladoras de blancas armonías
que fueron por los vientos perdiéndose una a una
mientras, envuelta en sombras, se atristaba la luna...

Aquésa, el pie desnudo, gira como una sombra
que sin hacer ruido pisara por la alfombra

de un templo... y como el ave que ciega el astro diurno
con miradas nictálopes ilumina el Nocturno

do al fatigado beso de las vibrantes clines
un aire triste y vago preludian dos violines...

.....

La luna, como un nimbo de Dios, desde el Oriente

dibuja sobre el llano la forma evanescente

de un lánguido mancebo que el tardo paso guía,
como buscando un alma, por la pampa vacía.

Busca a su hermana; un día la negra Segadora
—sobre la mies que el beso primaveral enflora—,

abatiendo sus alas, sus alas de murciélago,
hirió a la virgen pálida sobre el dorado piélago,

que cayó como un trigo... Amiguitas llorosas
la vistieron de lirios, la ciñeron de rosas;

céfiro de las tumbas, un bardo israelita
le cantó cantos tristes de la raza maldita

a ella, que en su lecho de gasas y de blondas
se asemejaba a Ofelia mecida por las ondas:

por ella va buscando su hermano, entre las brumas,
de unas alitas rotas las desprendidas plumas,

y por ella... «Pasemos esta doliente hoja
que mi ser atormenta, que mi sueño acongoja»,

dijo entre sí la dama del recamado viso
en voluptuosos pliegues de color indeciso,

y prosiguió del libro las hojas volteando,
que ensalza en áureas rimas de son calino y blando

los perfumes de Oriente, los vividos rubíes
y los joyeros mórbidos de sedas carmesíes.

Leyó versos que guardan como gastados ecos
de voces muertas: cantos a ramilletes secos

que hacen crujir, al tacto, cálices inodoros;
metros que reproducen los gemebundos coros

de las locas campanas que en el día de difuntos
despiertan con sus voces los muertos cejjuntos,

lanzados en racimos entre las sepulturas
a beberse la sombra de sus noches oscuras...

.....

...Y en el diván tendida, de rojo terciopelo,
sus manos, como vivas parásitas de hielo,

doblaron lentamente la página postrera
que en gris mostraba un cuervo sobre una calavera.

Y se quedó pensando, pensando en la amargura
que acendran muchas almas; pensando en la figura

del bardo, que en la calma de una noche sombría,
puso fin al poema de su melancolía:

exangüe como un mármol de la dorada Atenas,
herido como un púgil de itálicas arenas,

¡unió la faz de un Numen dulcemente atediado
a la ideal belleza del estigmatizado!...

Ambicionar las túnicas que modelaba Grecia,
y los desnudos senos de la gentil Lutecia;

pedir en copas de ónix del ático nepentes;
querer ceñir en lauros las pensativas frentes;

ansiar para los triunfos el hacha de un Arminio;
buscar para los goces el oro del triclinio;

amando los detalles, odiar el universo;
sacrificar un mundo para pulir un verso;

querer remos de águila y garras de leones

con que domar los vientos y herir los corazones;

para gustar lo exótico, que el ánimo idolatra,

esconder entre flores el áspid de Cleopatra;

seguir los ideales en pos de Don Quijote,

que en el Azul divaga de su rocín al trote;

esperar en la noche las trémulas escalas

que arrebatan ligeras a las etéreas salas;

oír los mudos ecos que pueblan los santuarios,

amar las hostias blancas; amar los incensarios

(poetas que diluyen en el espacio inmenso

sus ritmos perfumados de vagoroso incienso);

sentir en el espíritu brisas primaverales

ante los viejos monjes y los rojos misales;

tener la frente en llamas y los pies entre lodo;

querer sentirlo, verlo y adivinarlo todo;

eso fuiste, ¡oh poeta! Los labios de tu herida

blasfeman de los montes, blasfeman de la vida,

modulan el gemido de las desesperanzas,

¡oh místico sediento que en el raudal te lanzas!

.....
 ¡Oh Señor Jesucristo! Por tu herida del pecho,
 ¡perdónalo, perdónalo! ¡Desciende hasta tu lecho

de piedra a despertarlo! Con tus manos divinas
 enjuga de su sangre las ondas purpurinas...

Pensó mucho: sus páginas suelen robar la calma;
 sintió mucho: sus versos saben partir el alma.

¡Amó mucho! Circulan ráfagas de misterio
 entre los negros pinos del blanco cementerio...

.....
 No manchará su lápida epitafio doliente;
 tallad un verso en ella, pagano y decadente,

digno del fresco Adonis en muerte de Afrodita:
 un verso como el hálito de una rosa marchita,

que llore su caída, que cante su belleza,
 que cifre sus ensueños, ¡que diga su tristeza!

.....
 ¡Amor!, dice la dama del recamado viso
 en voluptuosos pliegues de color indeciso;

¡Dolor!, dijo el poeta. Los labios de su herida

blasfeman de los hombres, blasfeman de la vida,

modulan el gemido de la desesperanza;

fue el místico sediento que en el raudal se lanza;

su muerte fue la muerte de una lánguida anémona,

se evaporó su vida como la de Desdémona;

ebrio del vino amargo con que el dolor embriaga

y a los fulgores trémulos de un cirio que se apaga...

¡Así rindió su aliento, bajo un sitial de seda,

el último nacido del viejo Cisne y Leda!..